

"EL SUEÑO DE F.G.L."

Escandiva,

PROLOGO.

UNA MESITA DE CAFE EN EL CENTRO, ~~DEL ESCENARIO~~ PRIMER TERMINO. SOLO ESTA ILUMINADO FUERTEMENTE ESTE ESPACIO. DOS SILLAS A CADA LADO. DOS TAZAS QUE FUERON DE CAFE Y RESTOS DE COLILLAS EN UN CENICERO Y LOS PLATILLOS DE LAS TAZAS. ESTE PUEDE SER EL DE CORADO QUE VEA EL ESPECTADOR AL ENTRAR. DE FONDO, ~~YAS~~ ~~DEL ESCENARIO~~ UNA CORTINA CASI BLANCA QUE ~~OCULTA~~ <sup>OCULTA</sup> EL ESCENARIO.

~~SIN NINGUN SUBRAYADO,~~ <sup>SE</sup> UNA SILLA <sup>UN</sup> OCULTA EN ~~UN~~ LATERAL DEL ESCENARIO, CON EL FIN DE SER OCUPADA EN SU MOMENTO OPORTUNO. ~~DE PASAR INADVERTIDA ENTRE OTROS ENSERES DE LA ESCENA.~~

AL EMPEZAR LA ACCION, UN OSCURO RAPIDO PERMITIRA A DOS ACTORES SENTARSE EN AQUELLAS SILLAS. AL VOIV ER LA LUZ PARECERA QUE LLE VAN HORAS CHARLANDO.

RUIZ ALONSO.- Aquí, en este mismo sitio, hablé hace unos años de aquel pobre señor, que Dios tenga en su gloria, con un inglés o un irlandés quien recogió cuanto dije, a escondidas y sin saberlo yo, en una cosa de ésas, ¿cómo se llama?

EL OTRO.- Magnetófono.

RUIZ.- Eso es. Luego lo publicó en un libro sobre la muerte de aquel desgraciado, que en paz descanse.

EL OTRO.- Yo no oculto ningún magnetófono.

RUIZ.- No lo dudo. Usted es un caballero. Y yo, un pobre tipógrafo jubilado. Yo soy un hijo del pueblo.

EL OTRO.- Perdón, ¿cómo decía usted?

RUIZ.- Dije que yo soy un hijo del pueblo.

EL OTRO.- Hijo del pueblo o no, pasará a la historia, señor Ruiz Alonso. O, en honor a la verdad, ha entrado ya en ella, porque una vez asesinaron a un poeta que usted había detenido.

RUIZ.- Yo no le detuve. Me mandaron detenerle, ¡santa gloria haya, el pobrecito! Sí, me mandaron detenerle y tuve que obedecer porque estábamos en guerra, cuando todas las órdenes son sagradas. ¡Se lo juro por la Santísima Virgen!

EL OTRO.- ¿Está ésa la verdad?

RUIZ.- Es el principio de la verdad. El gobernador de Granada se hallaba de visita en el frente aquel día. Un oficial, cuyo nombre olvidé porque con los años hasta los recuerdos más terribles se confunden y oscurecen, me dió órdenes ineludibles. "Mire usted --me dijo--, ese señor tiene que comparecer en el Gobierno Civil, porque el gobernador así lo ha mandado. Quiere encontrarlo aquí a su vuelta, sin demora ni pretexto. Tiene un grandísimo interés en hablar con él y quiere que lo traigan debidamente protegido, sin que nadie le roce un pelo de la ropa. Para este servicio se ha pensado en una persona de la autoridad y prestigio de usted."

EL OTRO.- Conocía la versión de estas órdenes, que usted dice santas en tiempo de guerra. Como usted comprenderá, es imposible creerla.

RUIZ.- Sí, sí, lo comprendo. Estábamos en una guerra sin cuartel y a muerte, no lo olvide. Yo puedo jurarle por todos los santos del cielo que ésta es la verdad del caso. (CON IRA INESPERADA.) Luego se contaron toda clase de atrocidades para desprestigiar me. Son tan absurdas que yo me río, sí, me río, al pensar en ellas.

JAR

1182268

11/24/08



EL OTRO.- ¿De qué se ríe usted, señor Ruiz Alonso?

RUIZ.- Bueno, pues mire, para empezar aquel señor, que en paz descansa, era un invertido. Al decirlo así, con esta franqueza mía, no pretendo ofender su digna memoria porque esto lo sabe y lo comenta el mundo entero. Mire usted, yo soy un hombre de otra época, de una época que hoy me parece muy remota, a la vista de tanta pornografía y tanta delincuencia. Pues yo, con mi sentido moral y mi piedad religiosa, digo que su aberración no me imparta en absoluto porque pertenece a su vida privada. Sí, señor, a su vida privada...

EL OTRO.- Y a su muerte, más privada todavía.

RUIZ.- Sí, entiendo. La muerte es tan privada como la vida, porque nadie puede vivir ni morir por otro. Ni usted por mí, ni yo por usted.

EL OTRO.- Ni usted por aquel hombre.

RUIZ.- (PAUSA.) ¡Dios lo haya perdonado! Rezo por él cada domingo, en misa, aunque a mí quisieron crucificarme vivo. Perdona, había perdido el hilo... Decía serme indiferente que aquel señor fuese marica o no... Lo incalificable es lo que hicieron conmigo...

EL OTRO.- ¿Qué hicieron con usted, señor Ruiz Alonso?

RUIZ.- Difamarme. Sí, señor, difamarme por escrito y en libro impresos. Aquel inglés o irlandés me dio cuenta de que un francés había escrito una vida de aquel caballero fusilado, ¡que santa gloria goce!, donde se decía, así como suena, que yo le detuve porque mediaban entre nosotros celos y riñas de homosexuales. Al oír semejante injuria perdí los estribos porque cada cual tiene su honra y la mía es doble: la de ser muy cristiano por un lado pero por otro también muy hombre. "Dígale a ese señor francés --le dije-- que si duda de mi virilidad puede traerme a su madre, a su mujer, o a sus hijas y aunque viejo me serviré de ellas, como lo merecen según la profesión por la cual las tiene fichadas la policía de su país". No era bravata, se lo juro, porque aquí donde me ve, hecho un carcamal, todavía desenvaino que da goce verme.

EL OTRO.- Todo el mundo le está observando, señor Ruiz Alonso.

RUIZ.- (TRAS PAUSA, RECOMPONIÉNDOSE.) ¿Por dónde íbamos?

EL OTRO.- El gobernador accidental le mandó prenderle, según usted dice.

RUIZ.- Esa es la verdad. "Tome usted la protección necesaria y déntégalo inmediatamente", insistía. Repliqué no necesitar ninguna y bastarme con mi prestigio y valor. Pero me dijo que se ocultaba en casa de un jefe de Falange y me asombró y escandalizó. Yo era muy joven y obcecado. El pan, pan y el vino, vino, ¿comprende? O ellos o nosotros y punto final. De todos modos, me afirmé en prender a aquel señor, que en paz descansa, completamente solo.

EL OTRO.- Hay versiones muy distintas de los hechos. Gente que aún hoy juran que soldados y paisanos armados, todos a sus órdenes, tomaron la calle.

RUIZ.- ¡Mentiras! ¡Sólo mentiras y vilezas! La gente que le ocultaba aseguran que asalté su casa, protegido por un ejército,



como si fuese una fortaleza. !No, señor! Lo hice solo y a pecho descubierto porque, como le dije, ~~yo~~ soy muy cristiano pero también muy macho.

EL OTRO.- En este punto no puedo creerle.

RUIZ.- ¿Cómo? ¿Cómo dice?

EL OTRO.- Dije que en este punto no puedo creerle. Son muchos los testigos que afirman todo lo contrario. La calle estaba tomada.

RUIZ.- !Mentiras! !Sólo mentiras y vilezas! !Si usted supiese cuántos embustes deforman la verdad de los hechos, casi todos con el propósito de infamarme! Mire, vayamos a un ejemplo que más se refiere a aquel pobre señor, que en paz descanse, que a mí mismo. Han propalado la fábula de su pánico patológico. Al parecer siendo marica debía ser también cobarde. Así rige la cabeza de estas gentes malignas y primitivas, que luego pasan por sabios...

EL OTRO.- ¿Quiénes?

RUIZ.- ¿Cómo? ¿Cómo dice...?

EL OTRO.- Pregunté a quiénes se refería...

RUIZ.- !Puss a todos! Al inglés o irlandés, al francés, a usted mismo si no cree la verdad cuando se la atestiguo bajo palabra. Lo cierto es que aquel señor, que en gloria esté, mantuvo siempre una entereza digna de encomio. Incluso al entrar al Gobierno Civil alguien quiso golpearle con la culata de un mosquetón porque cobardes así los hay por todas partes. Me interpose como una fiera. "Cómo te atreves, miserable", le dije. Aquel pobre señor, !que Dios le haya perdonado!, se sintió tan agradecido que me ofreció un cigarrillo. Cuando me iba, se me ocurrió decirle que me permitiera mandarle un caldo de gallina. "Bueno, sea un caldo", asintió y aquellas fueron las últimas palabras que le oí. Nunca pude imaginar que aquella tarde fuesen a matarle.

EL OTRO.- Hay otras versiones muy distintas. Testimonios que le citan diciéndole: "Vengo a detenerte y llevarte al Gobierno Civil, porque hiciste más daño con tus libros que otros con sus pistolas".

RUIZ.- !Muerte y condenación! !Por el Santísimo Sacramento del Altar vuelvo a jurarle que es la más vil de todas las calumnias. ¿Cómo iba a decir semejante aberración si entonces no había leído ninguno de sus libros?

EL OTRO.- ¿Los ha leído ahora?

RUIZ.- Ahora sí los leí, después de comprarme aquella edición de sus Obras completas. Cuando le prendieron sólo conocía de oídas uno de sus poemas, el de la casada infiel, porque entonces lo recitaba toda España. Me parecía una obscenidad, porque esencialmente soy un caballero cristiano y creo que tales pecados ~~no~~ no deben ponerse al alcance de la juventud inocente e impresionable.

EL OTRO.- Lección de ética. Prosiga.

RUIZ.- Si me pide un juicio sobre la muerte de aquel desdichado.

EL OTRO.- Eso no es lo que le estoy pidiendo.

RUIZ.- Lo sé, pero le voy a responder como hice al del magnetófono. Creo su fusilamiento muy reprobable porque, como cristiano practicante y piadoso, condeno la muerte del hombre a ma-



nos del hombre. No me importa que la víctima sea rojo, blanco o a topos. Yo soy enemigo de la violencia, venga de donde venga. Por otra parte, si me pide el parecer acerca de su muerte con relación a su obra...

EL OTRO.- Tampoco se lo pedí.

RUIZ.- Le diré de todos modos que si la muerte del hombre fue un pecado, la del escritor fue un bien que le hicieron porque al final sólo paría disparates y blasfemias. No comprendo el prestigio de que goza ahora. ¿Por qué se interesan tanto por sus hechos y por sus versos? Será porque murió como muriera el pobrecito, me digo yo, pues de haber sobrevivido nadie le recordaría.

EL OTRO.- Ni los toros, ni las higueras, ni los caballos, ni las hormigas de su casa...

RUIZ.- Eso lo dice él, que en paz descansa, en su elegía a Sánchez Mejías, de la que no comprendo casi nada aunque me acuerdo de casi todo. La que me encanta es la del hombre a quien el veinticinco de junio le dicen emplazado por la muerte y el veinticinco de agosto se tiende a morir, con la suprema dignidad de los héroes y de los santos. Mire, tiene tal grandeza dentro de su sencillez que a veces me saltaron las lágrimas... (TRAS PAUSA.) ¿Por qué se obstina en volver a aquellos tiempos, cuando usted sería un niño, para contarnos la vida o la muerte de un infeliz, quien tantas cruces llevó a costas, desde su homosexualidad a su fusilamiento pasando por su talento perdido? Mejor dejarle en paz, dondequiera que se pudra, en espera del juicio final.

EL OTRO.- Yo no quiero escribir un libro sino un sueño, señor Ruiz Alonso.

RUIZ.- ¿Un sueño?

EL OTRO.- Sí, un sueño. He soñado con el infierno y lo ví como una espiral inacabable, por donde ascendía un pasillo alfombrado.

(AL SEGUIR HABLANDO SE VA ILUMINANDO <sup>A CONTRALUZ</sup> ~~CONVENIENTEMENTE~~ LAS ENTRAÑAS DEL ESCENARIO, ~~CON UN SENSIBLE DE MISTERIO~~)

Unos teatros se abren al corredor y a cada uno de éstos corresponde un muerto. Precisamente en una de aquellas plateas, el hombre a quien usted detuvo y según dicen también denunció aguarda el juicio...

(EN LAS SUCESIVAS ILUMINACIONES VEMOS <sup>LA SILUETA DE</sup> UN PIANO, ~~Y TAMBIÉN~~ UN HOMBRE SENTADO, QUIETO, EN ~~UNA SILLA DISTINTA A LAS DEL TEATRO~~ <sup>LA SILLA LATERAL.</sup>)

RUIZ.- ¡Yo no denuncié a nadie! ¡Yo no soy un delator!

EL OTRO.- Sea. El hombre a quien usted detuvo evocaba fragmentos de su pasado, en mi sueño. Inmediatamente aquellos recuerdos se materializaban y representaban en el escenario de su teatro. Partes de aquella pesadilla, quizá las más terribles, desaparecieron al despertar. Como usted dijo, las memorias más espantosas se enturbian con los años. Los sueños también, al paso de las horas. De esta forma el olvido nos preserva la cordura.

RUIZ.- (TRAS PAUSA.) En su sueño, ¿quiénes se parecían en esos teatros?



EL OTRO.- La sala vecina a la del poeta estaba vacía y a oscuras, despoblado el escenario. Los otros teatros que le síguen me es imposible describirlos.

RUIZ.- Cuénteme cuanto recuerde. Se lo ruego.

EL OTRO.- El teatro de al lado, en proporciones, parecía idéntico al de aquel hombre, pero en el tablado no se materializaban sus recuerdos sino los míos. Memorias que por ser quimeras mías sólo tuvieron vida antes en las fábulas de mis libros. De ello deduzco haber soñado el teatro que ocuparía en la espiral, si hubiese muerto, o sea, la futura presentación de mis recuerdos...

RUIZ.- Habla usted como si su sueño fuese... una verdadera visión.

EL OTRO.- Sólo sé que cuanto ví me parece más cierto que esta mesa, este poso de café y este cenicero de aparente aluminio; que usted mismo o que mi propia imagen, reflejada en aquel espejo.

RUIZ.- (TRAS OTRA PAUSA.) ¿Me vio usted a mí alguna vez en ~~aque~~ el escenario de sus sueños, donde el pobre señor, que en paz descansa, presenciaba la representación de sus recuerdos?

EL OTRO.- No, señor Ruiz Alonso, no le ví nunca en mis sueños. Si usted me mintió, como sinceramente creo que lo hizo, en sueños, al menos, no pude comprobarlo. En mi pesadilla, él evocaba su salida de Madrid y su vuelta a Granada, llegaba a la estación acompañado de un amigo. Le subía su maleta al coche cama y allí cambiaba de talante. Había un diputado por Granada con quien no quería tratarse. Aquel viajero, rejuvenecido casi en medio siglo, era usted.

RUIZ.- Es muy cierto. No sé cómo pudo saber todo esto. Sí, aquel amigo suyo lo contó luego y hoy dicen sus biografías que coincidimos en el expreso de Andalucía. Con todo...

EL OTRO.- Con todo...

RUIZ.- Vuelvo a verle ahora como entonces. Como usted dice haber presenciado la aparición de sus recuerdos, en el sueño. Le acompañaba un joven casi tan joven como él, parecido a un carnero. Advertí cómo me rehuía y obligaba a permanecer acodado en aquella ventanilla fingiendo contemplar la gente. Aquella especie de condena, impuesta por el desdén de aquel señor, que en paz descansa, me pareció tan interminable como la misma eternidad.

EL OTRO.- ¿Qué más hubo?

RUIZ.- Aquel señor regresó a su compartimiento, cerró las puertas y corrió las cortinas, como si yo fuese un apestado. El no tenía derecho a tratarme de aquel modo. No lo tenía, se lo aseguro. Yo era un pobre obrero tipógrafo, y entonces también diputado y autor de un libro sobre el corporativismo, con prólogo del señor Gil Robles. Era un hombre de bien, un caballero cristiano aunque operario, que esto en vez de desmerecer aumenta mi prez. ¡Sí, señor, la aumenta! Yo tenía un nombre, que ahora quisieron pringar con toda suerte de mentiras, porque hoy por hoy y en este país no hay honor ni vergüenza. Yo iba por el mundo con la cabeza muy alta, porque tenía la conciencia tranquila y sabía que Dios Todopoderoso, a cuyas plantas me postraré muy pronto, me miraba la frente como la mira ahora.



EL OTRO.- ¿Levantó también la frente, cuando el gobernador le pidió que detuviese a aquel hombre, señor Ruiz Alonso?

RUIZ.- El gobernador accidental.

EL OTRO.- Perfectamente, el gobernador accidental.

RUIZ.- El teniente coronel Velasco. Así se llamaba. No sé por qué lo recuerdo ahora.

EL OTRO.- ¿Levantó usted la frente cuando el teniente coronel Velasco le pidió que prendiese al poeta?

RUIZ.- ¡Dues, sí, señor, la levanté porque una justicia inapelable, la divina, parecía saldar nuestras cuentas! Si no me hubiese rehuido en aquel tren, lo habría apresado igualmente; pero entonces sin orgullo ni satisfacción por mi parte, limitándome al estricto cumplimiento de mi deber. De haber sabido que iban a matarle a los pocos días, me habría horrorizado; pero también lo detuviera porque, como ya le dije, en tiempo de guerra las órdenes son santas. Yo, un humilde tipógrafo, podía llevarle al Gobierno Civil, con la cara como única escolta, porque bastaba mi presencia para que nadie atentase contra él. ¿Soy tan reprobable como dicen el irlandés, el francés y uno de Barcelona que siendo de familia muy piadosa no sé cómo ha salido, cuando el cielo dispuso que pudiese detenerle, a sabidas de que su voluntad coincidía con mi satisfacción por la afrenta en el tren de Andalucía? Respóndame con el alma en la mano, ¿soy o no soy un hombre de bien?

(LA SALIDA PRECIPITADA DEL OTRO COINCIDE CON UN CAMBIO DE LUZ. <sup>CORTINA Y VEMOS</sup> ~~AL POCO VEREMOS~~ EL PIANO, Y ALGUIEN QUE ACARICIA UNA VIEJA CANCIÓN. CUANDO LA LUZ BUSQUE AL PERSONAJE QUE DEAMBULA POR EL PROSCENIO, VENIDO DE <sup>LA SILLA LATERAL</sup> ~~UN ESTRECHO PASADIZO~~, NADA HA QUEDADO DE LA MESA, CAFE Y ASIENTOS ANTERIORES. NO HAY NADA. EN UN PLANO LEJANO, EL PIANO; EN OTRO PROXIMO, EL HOMBRE DE LA ~~ESQUINA~~ <sup>SILLA</sup> PISANDO LARGAS SOMBRAS DE NO SE SABE DONDE.)

LA VOZ DE FEDERICO.- [Aquí y ahora en el desvelo interminable de mi propia muerte y] vuelto al teatro que me asignaron, me percoato sobrecogido de la prieta correspondencia entre los sueños y la eternidad,, en la urdimbre donde vida y muerte se entretienen e identifican. Ese hombre, que acaso nació después de asesinarme otros, me soñó a mí en el infierno y en espera del juicio. Vio a la vez la platea y el proscenio, que algún día le corresponderán en esta espifal, y esto me parece aún mayor portento. Yo creí que los muertos eran ciegos, como el espectro de aquella gitana, en un poema mío, que abocada al aljibe del jardín no veía las cosas cuando la estaban mirando. (LA MUSICA PUEDE RECORDAR EL POEMA.) Me equivocaba. Para los muertos todo es presencia unánime, a una distancia siempre inabarcable. Basta evocar un hecho o un sueño, para que de inmediato se represente, con acabada precisión, en este teatro casi a oscuras donde peno a solas quizá eternamente.

(PARA LA SIGUIENTE ESCENA, AHORA PUEDE EMPEZAR A EVOLUCIONAR EL ESCENARIO, CON LA LENTITUD Y VAGUEDAD DE LAS REMEMORANZAS.)

Imaginad una soledad acaso interminable, en una gran platea que no comparto con nadie. Allí los telones de boca y de fondo no existen. En las tablas se hace presente lo ausente, cuando



do la voluntad conjura espejismos de recuerdos, de lecturas o de ensaños. Si os dijese cuanto volví a presenciarse y pudí-- seis oírme, creeríais que los muertos estamos locos.

### ESCENA PRIMERA

(CONTINUA FEDERICO, ESTA VEZ ANTE LA EVOLUCIONADA DISPOSICION ESCENICA QUE PRECISA LA NUEVA ESCENA.)

En mi teatro, el de la sala que me asignaron en los infiernos, se aparece y escenifica mi último día en Madrid, al recordarlo. Jueves, 16 de julio de 1936, la víspera del estallido de la guerra en Africa.

(EL PIANO ES LO UNICO QUE SE HA MANTENIDO DE LA DESNUDA DISPOSICION ANTERIOR. LA ESCENOGRAFIA SUGERIRA TANTO LA CASA DE FEDERICO COMO CUALQUIERA DE LOS LUGARES QUE ANDUVO AQUELLA FECHA.)

Tal y como aparece puntualmente ahora en las tablas, sonó el timbre de aquel piso de la calle de Alcalá.

(CON UN SERVICIO DE DESAYUNO POR ALGUN LADO, FEDERICO APROXIMA A AQUEL VISITANTE AL SOFA. DE OFRECE CAFE. LA ESCENA HA ADQUIRIDO UN CARACTERISTICO COLOR SEPIA DE VIEJA FOTO.)

EL ACTOR.- Usted no alcanzaría a sumar mis desgracias. Ni yo mismo podría contárselas todas, sin olvidar alguna de las principales...

(FEDERICO, CON SU TAZA AUN EN LA MANO, TITUBEA UN INSTANTE. EL ACTOR LA TOMA Y DEJA EN EL SUELO, EN EL BALCON. LAMIENDO SE LA MERMELADA DE LOS DEDOS PROSIGUE...)

Usted es joven aún, pero muy justamente celebrado. Usted tiene un talento natural, que nadie puede negar sin ofenderle. Por eso me atrevería a pedir su opinión pensando en mi vida de hoy, de ayer y de anteayer. Dígame usted, ¿por qué nacemos? Se lo diré yo. Para morir, aunque la justicia del caso se me escape. Yo diría que estoy aquí por error y debí haber nacido en otro tiempo. ¿Sabía usted que una bisabuela mía era hermana del gran Máiquez? Sí, señor. Aquel quien abucheando una tarde de toros a Costillares halló la horma de su zapato cuando le gritó el diestro "Señor Máiquez, señor Máiquez, ¡que esto no es el teatro! ¡que aquí se muere de veras". Apuesto a que usted ya sabía la historia. Mi propia bisabuela estrenó "La Comedia nueva", de don Leandro Fernández de Moratín, en el papel de la joven Mariquita. También hizo de Medioculo en "El fandango del candil"... Yo debí haber nacido en aquella época y haberme casado con mi bisabuela. Por cierto, ¿podría escribirme una recomendación para doña Lola Membrives?

(TIMBRAZO. APARECE EN LA PUERTA RAFAEL MARTINEZ NADAL.)

MARTINEZ NADAL.- La una en punto.

FEDERICO.- Perdone. Había quedado con este amigo para ahmorzar.

EL ACTOR.- Yo soy quien le pide perdón. Ya me marchaba...

FEDERICO.- Un minuto. (ESCRIBE UNOS GARABATOS EN UN PAPEL QUE METER EN UN SOBRE Y ENTREGA, JUNTO A UNOS BILLETES, AL ACTOR.)



(SALE ASPAVENTOSO EL ACTOR.)

(FEDERICO, MIENTRAS HABLAN, SE VISTE. TAMPOCO HAY QUE DESCARTAR LA IMPRESION DEL TORERO QUE SE CIÑE EL TRAJE ANTES DE LA CORRIDA.)

MARTINEZ.- No sé cómo aguantas estas visitas.

FEDERICO.- Olvídalo. (TRAS PAUSA.) Rafael, ¿qué va a ocurrir aquí? Si viene una guerra, yo no voy a sobrevivirla.

MARTINEZ.- Este país siempre estuvo al borde del caos. La atracción del abismo es parte de la naturaleza nacional, al revés de lo ocurrido con los antiguos egipcios, según dicen, quienes aborrecían el vacío. Al final todo se compone con alfileres y sin detención. Tampoco ahora llegará la sangre al río.

FEDERICO.- Tenemos las horas contadas y esta incertidumbre me consume. Poco antes de que le prendieran, cené una noche con José Antonio Primo de Rivera... No te asombres así. No fue la primera vez que nos reuníamos a escondidas.

MARTINEZ.- Pero, ¿por qué? ¡En nombre de Dios!

FEDERICO.- ¡Oh, por nada! Para hablar de Literatura. Conoce a Ronsard de memoria y comenta con lucidez la poesía francesa de cualquier época. No obstante aquel día no pudo decir gran cosa. "Si en España hay una guerra, ni tú ni yo le veremos el final", le dije. (ASUSTADO.) Rafael yo no quiero que me maten como a un perro. Rafael, yo podría esconderme en casa de tu madre, ¿verdad?

MARTINEZ.- Sí, claro que podrías ocultarte en casa de mi madre. Pero, ¿quién iba a quererte tu muerte? Tú eres sólo un poeta.

FEDERICO.- Exactamente lo mismo replicó José Antonio Primo de Rivera. Le dije que por esto me matarían, por haber escrito versos. No por ser marica y partidario de los pobres. Añadí que este país es una República de asesinos de todas las clases y que los españoles se extermina como ratas, a la primera oportunidad que les depara la Historia. Le conté que muchos días antes de la muerte de Ignacio Sánchez Mejías, los gitanos de su cuadrilla decían que hedía a muerto. ("Si ahora entraran aquí, dije, les aterraría la peste de nuestros despojos".)

MARTINEZ.- Trata de serenarte.

FEDERICO.- Estoy muy sereno.

(ANDAN A UNA MESA DE RESTAURANTE. UN MAITRE LES MUESTRA LA CARTA.)

FEDERICO.- En este restaurante almorcé por última vez con Ignacio el año de su muerte. Precisamente en esta misma mesa. Tengo el presentimiento de que tampoco nosotros dos volveremos juntos aquí. Por otra parte, estoy cierto de que todo lo que ocurra hoy ha pasado antes en este mismo lugar.

UNA PAREJA.- (QUE SE ACERCA, CON UN LIBRO.) ¿Eres el poeta de "La casada infiel"?

FEDERICO.- Pues...sí...

UNA PAREJA.- ¿Te importaría firmarnos aquí?

FEDERICO.- No... Gracias. (ALTO Y RAPIDO TRAZO.)

MARTINEZ.- (UNA VEZ SEPARADA LA PAREJA.) Pronto no podremos acompañarte por la calle...

FEDERICO.- Como a Joselito en Sevilla, que las mujeres pedían sus pies para besarlos... (TRAS PAUSA.) También fue una mujer la que le gritó la víspera de su muerte: "¡Ojalá te mate un toro



(HAN EMPEZADO A SERVIR.)

FEDERICO.- No te preocupes, Rafael. Estoy muy sereno. Me refiero a mi vida y a mi muerte como si fuesen ajenas. Muchos años después de que me revienten a tiros todavía escribirán libros para preguntarse por qué me asesinaron. Rafael, ¿de veras crees que tu madre me ocultará en su casa?

RAFAEL.- No me cabe duda. Si quieres, vamos allí esta misma tarde.

FEDERICO.- Pero, ¿qué estoy diciendo? ¿Me habré vuelto loco? No puedo esconderme en casa de tu madre. Tengo que ir a Granada esta misma tarde. Pasado mañana, el 18, es mi santo y el santo de mi padre. Siempre lo pasamos en casa, en la Huerta de San Vicente. No puedo faltar. Ya estará aquello lleno de jazmines y de damas de noche.

RAFAEL.- Más a salvo estarás en Madrid que en Granada. Mucha gente que no ha leído un libro, no te perdona allí que tengas tanto prestigio y que te gusten los hombres. Serán siempre incapaces de comprender ninguna de las dos cosas y la primera les parecerá más indignante.

FEDERICO.- ¿Cómo puedes hablar de este modo, si nunca estuviste en Granada?

RAFAEL.- Es igual, me la imagino.

FEDERICO.- Pues me iré de todos modos y que sea lo que Dios quiera.

(PAUSA.) Rafael, ¿recuerdas el original de aquel drama mío, el que llamo "El público"? Te lo presté la semana pasada.

RAFAEL.- ¿Por qué iba a olvidarlo? ¿Acaso crees que lo he perdido?

FEDERICO.- ¡Claro que no! ¡Santo cielo, no irás a enfadarte conmigo esta tarde!

RAFAEL.- No me enfado, pero no comprendo de qué quieres hablarme.

FEDERICO.- De "El público"...

RAFAEL.- Lo lamento pero todavía no lo he leído.

FEDERICO.- No importa. Estoy convencido de que trasciende nuestra época. Me adelanté en varias generaciones a todo el teatro, incluido el mío. A quienes se lo he leído dicen que son puras insensateces y blasfemias. Creo que es mi obra maestra, ya sabes, la eterna obra maestra incomprendida.

RAFAEL.- Debe ser así cuando tú lo dices. La leeré enseguida.

FEDERICO.- No hace falta. El teatro mío que se representa está lleno de fáciles concesiones. A la gente le gusta porque lo demás es aún peor. Yo sólo sé cuán fácil me resulta escribirlo. "El público" es otra cosa.

RAFAEL.- Bien, bien. Ya te dije que voy a leerlo.

FEDERICO.- Y yo repito que no debes haberlo. No te ofendas pero hoy por hoy tú tampoco entenderías "El público".

RAFAEL.- ¿Por qué me lo prestaste entonces?

FEDERICO.- Oyeme con atención. Si algo me ocurriese en esta guerra que tenemos a las puertas, júrame destruir en seguida el original de "El público".

RAFAEL.- ¡Yo no juro nada!

FEDERICO.- Dame tu palabra entonces.

RAFAEL.- Tampoco. ¿Por qué quieres quemarlo, si es tu obra maestra?

FEDERICO.- Precisamente por esto, porque sólo yo podría sospechar la importancia de lo que he escrito. Si muero, "El público" no tiene razón de ser para los demás.

RAFAEL.- Sólo te prometo devolvértelo cuando regreses de Granada.



- FEDERICO.- Vamos, pide la cuenta. (AGACHA LA CABEZA.)
- RAFAEL.- (IBA A DECIRLE QUE NO HABIA COMIDO NADA, PERO OPTA POR CALLAR, LLAMAR AL CAMARERO Y TERMINAR.)  
(RAFAEL MARTINEZ NADAL TOMA AL POETA Y LE AYUDA A SALIR. ESTAN EN LA CALLE. LLEGAN HASTA LA PUERTA DE UNA OFICINA DE "COOK'S".)
- FEDERICO.- ¡Rafael, Rafael, tengo una idea maravillosa! ¡No sé por qué no pudo ocurrírseme antes!
- RAFAEL.- ¿Qué pretendes? ¿Arrasar Madrid con azufre ardiente? Quizá sea la suerte que merecemos todos.
- FEDERICO.- ¡No, no, qué horror! Yo no soy el Dios del Viejo Testamento. ¡Rafael, vente conmigo a Granada!
- RAFAEL.- Pero, ¿cuándo?
- FEDERICO.- Ahora mismo. En "Cook's" compramos dos coches-camas, ~~en~~ y asunto listo.
- RAFAEL.- Pero tú estás loco. ¿Cómo iría yo a Granada? ¿Y por qué esta misma tarde, en nombre del cielo?
- FEDERICO.- Porque te invito yo. No has estado nunca en Granada y es hora sobrada de que la conozcas. Además te necesito. Tengo el presentimiento de que si vas allí conmigo, cambiarás mi destino para hacerme invulnerable.
- RAFAEL.- ¡Loco de remate! Crees que el mundo te lo debe todo, como si fueses el aprendiz de brujo. ¡Voy a decidir el viaje sin más demora, porque tú me lo ordenas! Así, tal como suena y sólo para complacerte. ¡La cosa no tiene nombre!
- FEDERICO.- Está bien, hombre. Está bien. No tiene importancia. Iremos juntos a la Huerta de San Vicente, en otra ocasión. Perdóname si en algo te ofendí.
- (ENTRA EN LA OFICINA DE VIAJES. SALE ENSEGUIDA CON UN BILLETE. ANDAN Y VUELVEN A SU CASA. FEDERICO MIRA POR TODOS LOS LADOS. SE SIENTA MUY FATIGADO. MIRA A RAFAEL. ESTE SACA UNA MALETA Y LA HACE CON RAPIDEZ Y CONSIDERABLE MAESTRIA.)  
(EL PIANO PROTAGONIZA ESTA ACCION Y SUS SILENCIOS.)
- RAFAEL DA LA MALETA A FEDERICO Y LLEGAN ANDANDO A LA CALLE.
- FEDERICO.- Rafael...
- RAFAEL.- ¿Sí?
- FEDERICO.- Volví a olvidarme de la taza, en el balcón, al pasar por casa.
- RAFAEL.- ¡Por los clavos de Cristo! ¿De qué me estás hablando? ¡No comprendo una sola palabra!
- FEDERICO.- De una taza de café vacía. Quedó en el balcón, cuando llegaste a mi casa. Luego me distraje mientras despedía a aquel actor, y hasta ahora no acerté a acordarme del segundo olvido.
- RAFAEL.- Eres incomprensible, sencillamente incomprensible.
- FEDERICO.- ¿Por qué iba a serlo?
- RAFAEL.- Por un lado profetizas una guerra y dices que te devorará apenas empezada. Por otro, te desvives al pensar en una taza olvidada en el balcón de tu piso.
- FEDERICO.- Todo casa trágicamente. Rafael, estas calles y los campos alrededor de Madrid se llenarán de muertos, rebozados en su propia sangre. Esta ciudad será cañoneada y bombardeada has



ta que muchos de sus barrios se desmiguen en ruinas. No obstante presiento también que aquella taza permanecerá intacta, en mi balcón, a través de todas las catástrofes.

(HAN ANDADO HASTA EL ANDEN DE LA ESTACION.)

FEDERICO.- Rafael, ¿de veras no te decides a acompañarme a Granada?

RAFAEL.- Esto sí, ahora mismo. ¿Qué más se le ofrece al señor?

FEDERICO.- Nada más, el resto del viaje debo hacerlo solo, si me obligan a emprenderlo.

RAFAEL.- Como comprenderás, no podía replicarte de otro modo.

FEDERICO.- Ni yo dejar de pedírtelo esta vez, aunque te parezca increíble.

RAFAEL.- Está bien, hombre. Está bien. No hagamos una nueva tragedia romana.

(FEDERICO, ANTES DE SUBIR A SU VAGON, MIRA LA ESTACION, ESTACION QUE LE RECUERDA LA "GARE SAINT LAZARE" DE MONET.)

FEDERICO.- Vete ahora, Rafael. No aguardes a que salga el expreso.

RAFAEL.- No te impacientes. Todo se andará a su hora. Yo no tengo prisa.

FEDERICO.- Me haces un señalado favor si te marchas en enseguida.

RAFAEL.- ¿A qué viene tanta urgencia y tanto misterio? Pareces un conspirador.

FEDERICO.- ¿Ves aquel hombre? El corpulento, de las grandes quijadas, asomado a la ventanilla. Es un diputado de Granada y un mal bicho. No quiero hablar con él, de ningún modo. En cuanto te vayas, me encerraré en el compartimiento y correré las cortinillas. Márchate por favor antes de que nos vea.

RAFAEL.- Está bien, está bien. Me iré si insistes. Eres el ser más asustadizo y supersticioso que he conocido.

FEDERICO.- Lo que tú digas; pero vete ahora. Te lo suplico. Puede volverse en cualquier momento.

RAFAEL.- ¿Quién es ese hombre, en fin de cuentas? ¿Un espectro, la "bête noire" de tus desvelos, o simplemente un mensajero del destino?

FEDERICO.- Ya te lo dije, un diputado de derechas por Granada. Se llama Ramón Ruiz Alonso.

(LA ESCENA SE CONGELA EN TORNO A LA FIGURA DE FEDERICO. PARECE COMO SI TODO LO QUE LE RODEABA CAYERA A PEDAZOS. QUEDA SOLO, EN EL INMENSO Y SOLITARIO ESCENARIO.)

(PIANO.)

- A veces pensé en las dimensiones del infierno. Crecerá indefinidamente, en revueltas siempre más abiertas, añadiendo nuevas salas para cada recién llegado. No ha de cerrarse hasta que aquí acuda el último de los hombres y para entonces la espiral tendrá el tamaño del universo. Nunca pasé de sumar con los dedos ni de multiplicar con raya tirada y aspas por signos; pero juraría haber acertado las dimensiones del infierno. Concluido y clausurado, será tan alto y tan vasto como el firmamento. Aun cabría decir que entonces representará otro firmamento, invisible y paralelo al de nuestros cielos y constelaciones, vacíos de hombres.

## ESCENA SEGUNDA

(FEDERICO SE DIRIGE AL PIANO. A SU ALREDEDOR EMERGE LA CASA



de LOS ROSALES, EN GRANADA, O, POR MEJOR DECIR, LAS HABITACIONES DESTINADAS AL POETA EN SU VOLUNTARIO ENCIERRO. FEDERICO TOCA EL PIANO.)

VOZ DE FEDERICO.- Aquí me ha ocultado Luis, con la complicidad de su familia, aunque todos los hermanos sean falangistas y el Gobierno Civil haya decretado la pena de muerte para quien preste cobijo a un perseguido.

(ENTRADA DE REPENTE DE LUIS ROSALES.)

LUIS.- ¿Federico?

FEDERICO.- Sigo aquí.

LUIS.- ¿Cómo andas...? ¿Te subieron el periódico?

FEDERICO.- Gracias, sí...

LUIS.- ¿Qué lees?

FEDERICO.- Luis, algo fantástico, "En busca del tiempo perdido"...

LUIS.- Estoy de acuerdo.

FEDERICO.- Es un verdadero retablo de un paraíso perdido y recuperado por la memoria. No sabes la utilidad que tiene para mí en estos momentos...

LUIS.- Quizá no fuera lo más adecuado.

FEDERICO.- (TRAS PAUSA.) ¿Te referías a algo en concreto al preguntarme si leí "El Ideal"?

LUIS.- ¿Has visto la nota de protesta de los presos?

FEDERICO.- Sí, no la quería ver, pero es tanta mi soledad, tan largos los minutos que he de respirar solo, que sí, la ví, y leí cómo mi cuñado Manolo firmó entre ellos... Es un alivio saber que todavía vive...

LUIS.- Pero quizá en estos momentos, firmar protestas, y encerrados como están...

FEDERICO.-!El último bombardeo empezó a dañar La Alhambra...!

LUIS.- Sí, pero se juegan la vida en cada firma...

FEDERICO.- Si yo pudiera firmar, salir, chillar...

LUIS.- Puedes hacerlo. No eres ningún cautivo.

FEDERICO.- Lo sé, Luis, y nunca os agradeceré lo suficientes vuestras atenciones, eso nunca..., pero no me atrevo a veces ni a asomarme a esos visillos.

LUIS.- Llévate a los otros sería lo más fácil del mundo.

FEDERICO.- Comprendo. Este frente debe ser muy singular. Jamás me lo hubiera imaginado así. Tú y tus hermanos regresáis a la caída de la tarde, para dormir en casa.

LUIS.- Por aquellos campos te pierdes sin oír un tiro y sin hallar un alma.

FEDERICO.- Bien me conoces. Mi miedo me impide moverme de estas cuatro paredes.

LUIS.- Como quieras. En último término, aquí tampoco pueden prenderte.

(SALE. FEDERICO VUELVE A QUEDAR SOLO. EN ESTAS PAUSAS TODOS SUS MOVIMIENTOS DENOTARAN LA ANGUSTIA DEL PRESO SIN SERLO. EL ASOMARSE TIMIDAMENTE A LAS VENTANAS. LOS RUIDOS CALLADOS DE FUERA. EL FUMAR. FEDERICO ESTA CON SENCILLO PERO ELEGANTE PIJAMA. Y ZAPATILLAS. TIENE ALGO DE ALMA EN PENA.)

(FINALMENTE, GOLPEA EL TECLADO.)



(ENTRADA TIMIDA DE ESPERANCITA.)

ESPERANCITA.- ¿UN poco de limonada?

FEDERICO.- Gracias, sí, No debéis preocuparos tanto por mí...

ESPERANCITA.- No digas tonterías. (ENTRÓ CON BREVE SERVICIO DE REFRESCO.) ¿De qué otra forma debo atender a mi hermano mayor?

FEDERICO.- ¿Por qué me lo recuerdas?

ESPERANCITA.- Tú siempre me lo has dicho. Desde que me reconozco te he visto en esta casa, jugando con mis hermanos. "Obedece al mayor", me repetías. (RISAS.)

¿Cómo te encuentras hoy?

FEDERICO.- Bien, bien... Hablaba ayer con Luis, ¿o fue anteayer? Ya no recuerdo. Hablaba de... salir...

ESPERANZ.- ¿Salir de aquí? Ni hablar. Es una locura.

FEDERICO.- Eso le dije. Pero al instante pienso lo contrario. Y al instante, lo contrario de lo contrario.

ESPERANZ.- No debes desesperar. Aquí, sabes que no hay peligro alguno. Mis hermanos siempre te defenderán. Y nadie sabe...

FEDERICO.- Lo sé, lo sé. ¿Por qué no me cuentas nada de tí? Tía Luisa me dijo el otro día que te encontrabas muy mal.

ESPERANZ.- Llevo semanas sin tener carta de él.

FEDERICO.- ¿Tu novio?

ESPERANZ.- (ASIENTE CON LA CABEZA.) Está en Madrid, con los falangistas...

FEDERICO.- Sigue.

ESPERANZ.- ... en el frente. A estas horas no sé si vivo o cómo.

FEDERICO.- No te desvivas niña, que todo será para bien. Dentro de nada esta guerra absurda habrá terminado y tú irás del brazo de tu novio al estreno de mi próxima obra.

ESPERANZ.- (TRAS PAUSA.) ¿Qué haces ahora? Porque aunque no te veo escribir no me negarás que algo tramas.

FEDERICO.- En efecto, algo tramo. La destrucción de Sodoma y Gomorra por la ira de Dios Todopoderoso y la invención del incesto por parte de Lot y de sus hijas.

(LO HA DICHO CON TODO EL APARATO HISTRIONICO QUE SU MERMADA VOLUNTAD LE PERMITE, PERO SUFICIENTE PARA IMPACTAR A ESPERANZ.)

ESPERANZ.- ¡Jesús, qué horrores! Esto será más bárbaro que "Yerma". (RISAS.) ¿Cuándo veremos una pieza tuya, donde la gente se ame, se case y tenga hijos hermosos como los ángeles?

FEDERICO.- Nunca, Esperancita, porque la gente se olvidó de amar, de casarse y de concebir hijos como los ángeles. Sólo paren monstruos y bufones a su imagen y semejanza.

ESPERANZ.- Es posible que tengas razón... (PAUSA.) Federico.

FEDERICO.- ¿Sí?

ESPERANZ.- ¿Sabes? A veces me pongo tras la puerta y te oigo al piano.

FEDERICO.- ¿Y por qué no pasas?

ESPERANZ.- No me atrevo. No me atrevo a romper tus silencios...

FEDERICO.- Silencios de vida y de muerte.

ESPERANZ.- No debes decir eso.

FEDERICO.- Pero de una muerte brevísima, pequeña... Recuerdo un poema que escribí hace poco, dos, tres años...

ESPERANZ.- ¿Por qué no me lo enseñas?

FEDERICO.- Espere acordarme de un título. (DIENTE REGISTRO DE CANTAS)



LEVEMENTE, CON EL PIANO.) Es la canción de la muerte pequeña.

Prado mortal de lunas y sangre bajo tierra. Prado de sangre vieja.	Catedral de ceniza. Luz y noche de arena. Una muerte pequeña.
Luz de ayer y mañana. Cielo mortal de hierba. Luz y noche de arena.	Una muerte y yo un hombre. Un hombre solo, y ella una muerte pequeña.
Me encontré con la muerte. Prado mortal de tierra. Una muerte pequeña.	Prado mortal de luna. La nieve gime y tiembla por detrás de la puerta.
El perro en el tejado. Sola mi mano izquierda atravesaba montes sin fin de flores secas.	Un hombre, ¿y qué? Lo dicho. Un hombre solo y ella. Prado, amor, luz y arena.

ESPERANZ.- No te vayas de aquí, Federico. (LO BESA EN LA MEJILLA Y SALE.)

(TODO SIGUE EN LA MISMA QUIETUD Y SILENCIO. PASAN LAS HORAS, LOS DIAS... TIA LUISA LE ENTRA EL PERIODICO. FEDERICO LA BESA EN LO ALTO DE LA CABEZA. MUSICA. PIANO.)

(SUENA EXTRAÑO EL TELEFONO. FEDERICO LO DESCUELGA.)

FEDERICO.- ¿Mi padre? Sí, pásamelo, por favor.

(ANTES DE SONAR LA VOZ DE DON FEDERICO, OIMOS LAS GOLONDRINAS.)

VOZ DEL PADRE.- (APARENTEMENTE BAJA.) Hijo, han matado a Manolo.

Vino a decirlo un cura que ya habló con su madre. Conchita no lo sabe todavía.

(FEDERICO ESTA DESOLADO. DEJA MOMENTANEAMENTE EL TELEFONO.)

Tu madre fue a contárselo. Yo no tuve valor, te lo confieso.

!Estos pobres niños! !Estos nietos míos!

!Hijo, prométeme que serás prudente! !Júramelo incluso, sí, tienes que jurármelo!

Hijo, tuvimos enfados y diferencias en esta vida. Pero todo esto no significa nada. Yo también te juro que aun ahora merecía la pena haber nacido para traerte al mundo. Tú eres mi mayor orgullo y no hay en la tierra otro padre más soberbio y más envanecido que yo.

!Hijo, por ti lo daría todo, incluidos tu madre y tus hermanos! !Que Dios me perdone! !Ten mucha prudencia! !Tú no puedes faltarme nunca, nunca, nunca!

(SE OYE, MUY AUMENTADO, EL TIC TIC DE COLGAR EL APARATO.)

(FEDERICO CUELGA MUY LENTAMENTE. VA, TRAS LARGA BAUSA, MUY RAPIDO AL PIANO Y GOLPEA CASI FRENETICAMENTE EL PIANO.)

(Hay OTRA TRANSICION.)

(JUSTO AL ENTRAR TIA LUSIA AL ESPACIO, LAS PAREDES PARECEN DESVANECERSE. EL TEATRO, CON DETERMINADOS ELEMENTOS EN VARIOS PLANOS AL FONDO, EMPIEZA A ENSEÑAR OTRA DE SUS CARAS. JUNTO A LA ACCION TIA LUISA-FEDERICO, AL FONDO VEREMOS, MUY AL FONDO, A RUIZ ALONSO Y JUAN LUIS TRESCASTRO, CON OTROS PAISANOS Y FALANGISTAS QUE VAN "TOMANDO" EL TEATRO, SIEMPRE POR EL FONDO. DISCUTEN CON DOÑA ESPERANZA Y ESPERANCITA.)

TIA LUISA.- Niño, ahora vamos a rezar.

(SE ARRODILLA y FEDERICO, QUE NO PUEDE REZAR, JUNTO A ELLA.)



(SALE TRESCASTRO CON OTROS DEL PIQUETE, Y QUEDA RUIZ ALONSO. ENSEGUIDA ESPERANCITA LE LLEVA UNA MESA PEQUEÑA CON UN SERVICIO DE MERIENDA. RUIZ ALONSO SE PONE UNA SERVILLETA Y COMIENZA A MERENDAR BIZCOCHOS Y CAFE CON LECHE.)

(AL POCO ENTRA MIGUEL ROSALES CON TRESCASTRO Y LOS OTROS. NO ATIENDE EL SALUDO DE RUIZ ALONSO Y ATRAVIESA HASTA LA ESTANCIA DE FEDERICO.)

MIGUEL.- Vístete, por favor, y mientras te vistes te lo cuento todo.

(TIA LUISA SALE Y FORMA GRUPO CON DOÑA ESPERANZA Y ESPERANCITA.) (FEDERICO COMIENZA A VESTIRSE.)

MIGUEL.- Este mamarracho de Ruiz Alonso quiere que pases por el Gobierno Civil para prestar una declaración y trae una orden firmada al efecto. Será un simple trámite y yo os acompañaré hasta allí. Te aseguro que mañana por la mañana estás de vuelta en esta casa.

FEDERICO.- (TRAS PAUSA.) ¿Pero de qué me acusan?

MIGUEL.- De nada en concreto. Este cabrito, así le den por el culo todos los demonios ~~de~~ el infierno, me dijo que hiciste más daño con la pluma que otros con la pistola. ¡Hay que joderse! Ya ves, te lo cuento con toda sinceridad por que resulta hasta cómico de tan absurdo. Nada, que mañana estás de vuelta si no regresas esta misma tarde. Todo esto no tiene pies ni cabeza.

FEDERICO.- Es un error... un abominable error.

MIGUEL.- Sí, claro que es un error. Se corregirá en seguida y no pararemos hasta hacérselo pagar muy caro a Ruiz Alonso y a sus esbirros.

FEDERICO.- Busca a tu hermano Pepe. El tiene mucha influencia y podrá libértarme en menos de nada. Lo harás, ¿verdad?

MIGUEL.- Sí, sí, descuida, y también a Antonio y a Luis.

FEDERICO.- Sobre todo, a Pepe.

MIGUEL.- Tú, no te preocupes. Yo me encargo de todo.

FEDERICO.- Miguel...

MIGUEL.- Dime.

FEDERICO.- Han matado a mi cuñado Manolo. Esta misma mañana llamó mi padre para decírmelo.

MIGUEL.- (TRAS PAUSA.) Lo siento. Te aseguro que lo siento muy de veras.

(SALE, COMO RAPIDO, HACIA EL FONDO EN DONDE ESTA DISPUESTO EL FRISO DE QUIENES LOS ESPERAN Y QUIENES LO DESPIDEN. FEDERICO VA DETRAS. RUIZ ALONSO ACABA DE FUERTE SORBO EL CAFE CON LECHE. LIMPIANDOSE LA BOCA DICE:)

RUIZ ALONSO.- Tengo órdenes de llevarle al Gobierno Civil. Le agradecería que abreviásemos porque aquí se ha perdido ya mucho tiempo.

FEDERICO.- Miguel Rosales también me aconseja que vaya con usted, aunque todo esto es un error, un abominable error. ¿Qué quiere de mí en el Gobierno Civil?

RUIZ ALONSO.- No tengo la menor idea. A mí sólo me han pedido que garantice su llegada sano y salvo. De momento no tengo otra misión. ¿Quiere usted seguirme?

FEDERICO.- Supongo que no puedo negarme.

RUIZ ALONSO.- Muy bien. Vámonos entonces inmediatamente.



(HA EMPEZADO A DESPEDIRSE DE LAS MUJERES.)

FEDERICO.- Miguel, no te olvides de buscar en seguida a tu hermano Pepe. Sobre todo a Pepe.

MIGUEL.- Sí, sí, te lo prometo.

DOÑA ESPERANZA.- Esto hay que aclararlo en seguida.

FEDERICO.- Es todo un error, un error monstruoso. ~~Quiera que haya cursado esta denuncia responderá de ella.~~

DOÑA ESPERANZA.- ~~Quiera~~ haya cursado esta denuncia responderá de ella. Tú vuelves a casa en cuanto Miguel encuentre a Pepe.

ESPERANCITA.- Entretanto, trata de serenarte.

FEDERICO.- Mandadme una manta, por favor, y también tabaco. Os lo suplico. Es agosto y tiemblo de frío.

ESPERANCITA.- Sí, sí, desde luego.

FEDERICO.- Y busca también un abogado. Pérez Serrabona lo es de mi padre. El puede ponerlos en contacto.

DOÑA ESPERANZA.- Lo haremos, lo haremos, aunque no haya necesidad de ello. En menos de nada, Pepe resuelve este enredo y te saca libre.

ESPERANCITA.- Ten calma y no dasesperes.

MIGUEL.- Por favor, vamos.

(PERSONAS Y DECORADO SE DESVANECEN. ES COMO SI SE DESGAJARAN LOS RECUERDOS. EL PIANO TAN SOLO PUEDE AYUDAR A ESTE EFECTO. UNA VEZ LA ESCENA DESNUDA, FEDERICO REGRESA POR EL FONDO ~~DE~~ QUE EL FUERTE CONTRALUZ DIFICULTE IDENTIFICARLO EN PRINCIPIO.)

FEDERICO.- Cuando elegí esta casa como refugio y quise permanecer allí hasta que fueron a prenderme, creía cumplir un destino inevitable. Diríase que el libro de mi vida y de mi muerte, incluidos el insomnio y el destierro en la espiral de los infiernos, me precede y determina mi suerte y mis actos.

### ESCENA TERCERA

(SIEMPRE CON EL SUBRAYADO DEL PIANO, FEDERICO AVANZABA HACIA SU ETERNA BUTACA. AL LLEGAR A ELLA, LA PRESENCIA PRIMERO DE UN BRAZO, LUEGO DE UN HOMBRE, LE HIZO RETROCEDER.)

FEDERICO.- ¿Qué hace usted aquí?

ANCIANO.- ¿Dónde estoy?

FEDERICO.- ¿De veras no sabe dónde se encuentra?

ANCIANO.- No, no lo sé. Pero vengo del infierno.

FEDERICO.- Esto es el infierno.

ANCIANO.- ¿Esto es el infierno?

FEDERICO.- Sí, sí lo es y tiene forma de espiral. A cada muerto ~~co~~ rresponde un teatro y éste es el mío. ¿Qué hace usted aquí?

ANCIANO.- ¿Su teatro? ¿Qué quiere usted decir?

FEDERICO.- En el escenario reviven mis memorias, cuando las evoco. Sólo las mías, aunque otros muertos invisibles para mí deben verlas también, como yo contemplo a veces las suyas en otras salas. Si uno de nosotros es absuelto en el juicio, consigue entonces la gracia del sueño liberado de la conciencia y de los recuerdos. En otras ocasiones, creo que las evocaciones de los hombres se anticipan a su muerte y a su presencia en el infierno...

ANCIANO.- (TRAS PROLONGADA RISA.) ¿De dónde sacó esta idea absurda del infierno, convertido en una torre de teatros?



FEDERICO.- No es una torre. Es una espiral. Basta salir al corredor para comprenderlo. El pasillo sube en curvas muy anchas y abiertas a todas las salas.

ANCIANO.- (SIGUE RIENDO.) !Una espiral! !Es lo más grotesco que imaginarse cabe! !El infierno como una espiral de plateas! Una para cada hombre, supongo!

FEDERICO.- Una para cada muerto.

ANCIANO.- Muchacho, esto no es el infierno y nosotros no estamos muertos. El infierno, lo conozco muy bien para desdicha mía y puedo asegurarte que está en la tierra. ¿Sabes tú dónde nos hallamos, verdaderamente?

FEDERICO.- ¿Dónde quiere usted que le diga?

ANCIANO.- Yo no quiero nada, hijo, ni siquiera vivir desde hace mucho tiempo. Pero los hechos son los hechos, aunque sean sueños. Esta supuesta espiral del infierno, estos teatros donde según disparatas a veces la memoria se anticipa a los muertos, ese otro escenario de tus ridículas vocaciones, esa condena eterna al insomnio y a los recuerdos, esa posible liberación en el olvido, todo, absolutamente todo ello, no es mi más ni menos que mi pesadilla. Tú no eres nadie, sólo una sombra enloquecida en un sueño mío, del cual despertaré cuando me venga en gana.

FEDERICO.- Si yo soy su sueño, ¿quién es usted?

ANCIANO.- No quiero repetirme mi nombre porque es mi maldición. En un tiempo, cuando era joven como tú, me envanecía de llamarme como me llamo. Ahora quisiera no haber nacido.

FEDERICO.- Yo también llegué a enorgullecerme del mío. Me deslumbró a fuerza de saberlo repetido y proclamado. Ahora estoy de acuerdo con usted, fue mejor no haber nacido nunca.

ANCIANO.- !No me interrumpas! Aun en mi sueño, eres demasiado joven para comprender un prestigio como el mío: el que tuve a tu edad. La gente me reconocía por las calles y venía a estrecharme las manos, como si hubiese obrado milagros. Llegué a preguntarme: ¿Será de mí de quien hablan?

FEDERICO.- También yo he vivido la transformación en mi propia leyenda.

ANCIANO.- !Cállate! ¿Qué sabes a tus años de mí mismo y de los tiempos a los cuales me refiero? Si vuelves a interrumpirme, callaré, y no llegarás a conocer lo que verdaderamente es el infierno.

FEDERICO.- Usted no me sueña, en su pesadilla. Sólo existe en la medida de mi alucinación.

ANCIANO.- ¿Cómo me atreves a decir que no existo? Precisamente por esto, por existir y llamarme como me llamaba, quisieron matarme como un perro: !Ah! !Qué puedes saber tú, botarate, de una tragedia como la mía! !Cómo hacerte comprender la caza del hombre y el horror que me tocó vivir, a una edad como la tuya!

FEDERICO.- Sí, los comprendo porque yo también los he padecido. Cállese y váyase porque me fatiga. No vino al infierno a contarme nada nuevo y yo debo prepararme para el juicio.

ANCIANO.- Tú no te preparas para nada, porque no sabes lo que te dices. Tengo referencias muy precisas acerca de tí y de los tuyos.



FEDERICO.- ¿Acercas de mí y de los míos?

ANCIANO.- Sí, señor, esto dije. Una canalla, una auténtica canalla.

Cuando pienso en todos los sacrificios y en todos los sufrimientos de mi propia juventud, en su capacidad de entrega y en su idealismo, la depravación de esta leva vuestra me parece aún peor, mucho peor, que nuestros propios crímenes.

FEDERICO.- ¿Quién le ha dado esas referencias, a las que aludió?

ANCIANO.- ¿Quién iba a ser? Luis, naturalmente.

FEDERICO.- Luis...

ANCIANO.- Luis Rosales. Nunca más saldré de su casa, donde me escondí en el verano del 36. Allí me dormí anoche y te sueño a tí ahora. ¿Cuántos años llevo oculto en aquellas habitaciones de la segunda planta? ¿Cuarenta, cuarenta y cinco, cincuenta? Perdí la cuenta; pero no olvidé mi decisión de no abandonarlas vivo. En un invierno u otro murieron todos los Rosales, menos Luis y Esperancita. Ahora me visitan en contadas ocasiones, aunque ella golpea la puerta tres veces al día con la palma de la mano y me deja la comida en el suelo. Saben que prefiero no verles ni hablarles porque elegí el infierno y no el mundo. Luis tiene una llave y, de tarde en tarde, irrumpe para hablar me durante horas enteras. Al final terminamos casi siempre disputando y todavía ignoro si quiere que me marche o pretende que muera en su casa, sabe Dios cuándo...

FEDERICO.- ¡Cállese! ¡Cállese! ¡Maldito sea! ¡No quiero soportar este martirio!

ANCIANO.- ¡Ayer mismo se lo dije!

FEDERICO.- !!Cállese!!

(PAUSA.)

ANCIANO.- Ayer compareció Luis, a su vuelta de Madrid. Vino con la disculpa de recoger unos libros recientes, que me había prestado. "Si ésta es la basura que priva y escriben hoy en día, díme para que vivió una generación de poetas como la nuestra", le pregunté de entrada. Respondió con alguna falacia sobre el Régimen anterior, que a su farfullar había castrado intelectualmente al pueblo. "No, no es eso. La víctima de aquel Régimen soy yo, con casi medio siglo de encierro en tu casa, y no esa chiquillería cuyo alcance mental no trasciende las procacidades y los lugares comunes". Seguí diciéndole que nuestra generación fue una casta de hombres libres, al menos en sus años más cumplidos y felices, que no me viniera con el pueblo por objeto de culto de latría. Pueblo lo somos todos, incluso quienes asesinaron a media Granada en el nombre de Dios. El único origen de todas nuestras desdichas, de aquella matanza de hienas que fue nuestra guerra, de la dictadura que vino después y hasta de las necesidades que hoy pasan por poesía, se reduce a ese pueblo que nunca dio la talla, como comunidad inteligente y civilizada, ante la Historia. (TRAS PAUSA.) ¿Oye, por dónde andaba?

FEDERICO.- Hablaba con Luis Rosales...

ANCIANO.- Nuestras últimas conversaciones siempre acaban con su deseo de que vuelva a un mundo con el cual no tengo nada absolutamente en común, aunque mis obras sean leídas y representadas. Yo le contesto que si además de acordarse de quien fuimos mantuviese la dignidad que corresponde, él también volvería la espalda a esa selva para encerrarse conmigo.



- FEDERICO.- El te responde no ser libre para hacer eso, porque su destino era tan irrevocable como el de usted mismo.
- ANCIANO.- !En efecto, esto dijo! ¿Cómo llegaste a saberlo?
- FEDERICO.- Replicó que a cada cual corresponde un papel en el gran teatro del mundo y que las partes en el drama eran indivisibles e intransferibles.
- ANCIANO.- Como si yo no hubiera leído a Calderón en mi vida. Por llamarme como me llamaba y por ser quien era, me asignaron un cautiverio y esconderme en su casa cuando querían matarme. Ahora, después de tantos años, el orgullo de ser quien soy me impide regresar a un país que no merece mi presencia.
- FEDERICO.- Si aún perdura semejante absurdo es por ser una alucinación mía, como usted mismo. Le podría contar con pelos y señales la estancia donde dice haber permanecido tantos años...
- ANCIANO.- No me sorprende que conozcas mi infierno de tal modo, si eres uno de mis sueños. También a tí, como a Luis Rosales, es preciso que te explique tu destino por ser bastante parecido al suyo. Estás encadenado a mi sueño, como él lo está a mis vigili-  
lias, y seguirás apareciéndote en noches como ésta, para que yo pueda hablar con alguien aparte de Luis y la soledad no termine por enloquecerme.
- FEDERICO.- Usted desaparecerá en cuanto le toque el hombro con la palma de la mano, porque no es nadie. A mí me mataron hace mucho tiempo y usted es sólo una sombra fingida y mía: el hombre que no hubiese querido ser si sobrevivir significaba convertirme en alguien tan distinto de mí mismo.
- ANCIANO.- Estás seguro, hijo, de que te mataron?
- (LENTAMENTE VUELVE A SURGIR LA ESTACION DE LA QUE PARTIO CUANDO EL 16 DE JULIO DE 1936 REGRESABA A GRANADA.)  
(SE REPITE EXACTAMENTE LA DISPOSICION YA CONOCIDA EN LA ESCENA ~~XXXXXXXX~~ PRIMERA.)
- FEDERICO.- Rafael, ¿de veras no te decides a acompañarme a Granada?
- RAFAEL.- Esto sí, ahora mismo. ¿Qué más se le ofrece al señor?
- FEDERICO.- Nada más, el resto del viaje debo hacerlo solo, si me obligan a emprenderlo.
- RAFAEL.- Como comprenderás, no podía replicarte de otro modo.
- FEDERICO.- Ni yo dejar de pedírtelo esta vez, aunque te parezca increíble.
- RAFAEL.- Está bien, hombre. Está bien. No hagamos una nueva tragedia romana.
- (FEDERICO, ANTES DE SUBIR A SU VAGON, DICE:)
- FEDERICO.- Rafael, cambié de parecer y me quedo en Madrid. No me preguntes más.
- RAFAEL.- Pero tú estás trastornado.
- FEDERICO.- Te lo suplico, Rafael. No puedo, no quiero ir a Granada con aquel hombre: el corpulento y asomado a la ventana del pasillo.
- RAFAEL.- Perdiste la razón. Dentro de nada ladrarás a la luna como los perros rabiosos.
- FEDERICO.- Lo que tú digas, pero yo huyo de aquí y te espero en el café de la estación.
- RAFAEL.- Está bien, está bien. Lo que tú digas.
- (ANDAN HACIA LA CANTINA.)



FEDERICO.- Rafael, una corazonada me hizo presentir mi destino si iba a Granada. Dentro de unos días se producirá una rebelión de los militares. Ellos creerán dar un golpe de Estado, para evitar ~~una~~ una intentona revolucionaria. Pero precipitarán la guerra que llenará de muertos los campos y las calles de esta tierra. En Granada triunfarán los sublevados y a mí me perseguirán como a un puerco salvaje. Para huir de su ira tendría que ocultarme en casa de unos amigos falangistas; pero hasta allí llegaría ese hombre del vagón. Luego sin juzgarme, me matarían a tiros por el trasero llamándome maricón.

RAFAEL.- Ya ha pasado todo, Federico.

FEDERICO.- Esta sería mi suerte de haberme marchado ahora a Granada.

RAFAEL.- Yo mismo te aconsejé quedarte en Madrid, si tan grande es tu pánico.

FEDERICO.- Aquí al menos ignoro la suerte que me aguarda. En Granada, la conozco demasiado bien para olvidarla.

RAFAEL.- En fin sea lo que Dios quiera, como tú dices tantas veces. Tomaremos un taxi y te acompañaré hasta tu casa.

FEDERICO.- !No, a mi casa, no! !También te lo ruego! Tengo mucho miedo. Rafael ¿no podría ocultarme en casa de tu madre, con mi drama "El público", aquella pieza tan disparatada, de la que sólo Dios sabe si no seremos todos personajes?  
(GOLPE FUERTE DE PIANO.)

FEDERICO.- !Esto no sucedió nunca!

ANCIANO.- !Cómo no iba a haber ocurrido si yo estoy aquí ahora! Repara en el escenario y no te insolentes.

(CON LA MISMA FACILIDAD CON QUE SE DESVANECIO LA ESTACION, VEMOS A LORCA EN UN AULA DE UNA UNIVERSIDAD AMERICANA, EMERGIDA EN SUS RASGOS MAS SOBRESALIENTES.)

FEDERICO.- ~~M~~ In the Spanish Civil War I had to lose two cities, Madrid and Barcelona, with don Antonio Machado... (CUANDO LA LUZ SE HACE TOTALMENTE...) Nos evacuaron de Madrid en otoño de 1936 y de Barcelona hacia Francia, en enero de 1939. Nunca me he sentido más cerca de aquel hombre, entonces un enfermo y un moribundo, que en aquellas circunstancias del mismo éxodo. No podría decir lo mismo de su obra, la cual admiré siempre, aunque a distancia, sin identificarme jamás con su poesía. En "Una España Joven", Machado pretende emplazar a una futura juventud redentora, en términos de prosopopeya. La llama divina, clara, pura, transparente y hasta despierta. La compara con el fuego y con el diamante. Según dice en un poema autobiográfico, "Retrato", en sus venas hay gotas de sangre jacobina, aunque sus versos no respondan necesariamente a sus convicciones políticas. La España que amanece en "El Mañana Efímero", al cabo de una noche polar llena de bostezos, será la de la rabia y la de la idea pidiendo venganza en el hacha en la mano, según retórica profecía de Machado. A esta especie de utopía justiciera, la dice labrada "en el pasado macizo de la raza", olvidando que de la misma cantera procede la otra España, siempre denunciada por él mismo, la de la charanga, la pandereta y las campanas, la de los filósofos nutridos de sopa de convento, la devota de Frascuelo y de Carancha...



(TIMBRE QUE ANUNCIA EL FIN DE LA CLASE.)

(RECOGIENDO SUS PAPELES EN UN PORTAFOLIOS SE LE ACERCA UNA JOVEN ESTUDIANTE. MIRA FEDERICO A LOS LADOS Y ENSEGUIDA CAMINA PARA EL FONDO, EL Y LA ESTUDIANTE, QUIZA UNIDOS.)

FEDERICO.- ¿Qué sentido tiene eso? ¿Qué lugar es éste?

ANCIANO.- Uno cualquiera de los Estados Unidos. Lo conozco bien porque allí vivo ahora. Tú, en tu ignorancia, no llegaste a presentirlo. Todo sucedió como vas a presenciario.

FEDERICO.- ¿Todo? ¿Qué es todo?

ANCIANO.- Nada, al igual que nosotros mismos. Apercíbete a presenciar el más didáctico de los espectáculos.

(FEDERICO Y LA CHICA ESTAN EN UN APARTAMENTO. IBAN A HACER EL AMOR, PERO SE HABLABAN AUN EN SUSURROS.)

FEDERICO.- Nunca estuve antes con una mujer. Con hombres, sí, y acaso con demasiados porque deseé a muy pocos y aún quise a menos. A otros llegué a amarlos, sin que jamás soñase acostarme con ellos.

CHICA.- Oda a Whitman.

FEDERICO.- Es mi fe de vida y mi confesión.

CHICA.- Sólo estuve con un hombre, mi padre, que me violó un año antes de matarse. Desde entonces ~~hice~~ hice el amor con varias mujeres, a quienes nunca he deseado aunque tampoco podía repudiarlas. Creí darme a ellas por odio a mi padre y a todos los hombres. Ahora comprendo que en sus abrazos y en sus caricias te buscaba a tí sin percatarme de ello.

FEDERICO.- También buscarías en mí a tu padre muerto, pues a mi edad yo hubiese podido serlo. Lo buscarías para decirle que le habías perdonado, porque el mismo viento barrerá toda carne y acaso te violó para justificar su suicidio. Si no tenemos el valor de perdonarnos unos a otros, tampoco merecemos haber ~~hacido~~ hecho.

(SILENCIO. PIANO. AMOR.)

(EN CUALQUIER AMANECER DE AQUELLAS TIERRAS, FEDERICO Y LA CHICA DESAYUNAN EN SILENCIO. SUENA EL TELEFONO Y ELLA LO TOMA.)

CHICA.- Está al teléfono el agregado cultural de la embajada de Suecia. Se des~~pepe~~pepe por hablar contigo y dice que te han concedido el Premio Nobel de la Literatura...

FEDERICO.- No quiero hablar con él. Dile que no estoy.

CHICA.- (VA REPITIENDO.) Por... contribución sin precedentes a la poesía en España y a la civilización occidental... !No, perdón! A la herencia cultural de la civilización de Occidente...

FEDERICO.- !Dios!

CHICA.- (TAPANDO EL AURICULAR.) No me dirás que no suena armónico y hermoso, aunque parezca retórico...

FEDERICO.- Herencia cultural de la civilización de Occidente...

CHICA.- Oye, ¿qué le digo a este hombre?

FEDERICO.- Podrías decirle que tan señalada distinción no me pertenece, porque mi vida es un préstamo. Estoy convencido de que me habrían asesinado en Granada, como a mi cuñado Manolo, de embarcar en el expreso de Andalucía la tarde que Martínez Nadal me llevó a la estación. Si sobreviví lo hice a un precio muy alto, pues desde entonces mi poesía me parece la de un extraño. De sombras en pie es el reino literario del señor Nobel,



aquel dinamitero de derechas. Dile a ese señor sueco que renuncio a su Premio, para no abdicar de mí mismo.

CHICA.- Sería mejor que se lo dijese personalmente.

FEDERICO.- Lo haré a su debido tiempo. En cuanto germine de cortar los laureles.

(RISAS DE AMBOS QUE SE HIELAN AL DESAPARECER TODO.)

FEDERICO.- !Mentira, todo mentira!

ANCIANO.- ¿Por qué iba a serlo?

FEDERICO.- !Porque todo es un escarnio cruel de lo ocurrido!

ANCIANO.- Yo lo creí una interpretación muy fiel.

FEDERICO.- Yo no soy tu sueño, miserable. Yo tomé el expreso de Andalucía aquella tarde, llegué a Granada y luego a la Puerta de San Vicente, triunfante la rebelión me oculté en casa de los Rosales, me prendieron, no me torturaron físicamente, creo que gracias a los buenos oficios de Pepe Rosales, al menos, eso me dijo cuando me visitó poco antes de mi muerte, "Duerme en paz esta noche, niño, que mañana te abrazaremos todos en casa y yo te besaré en este carrillo, si me prometes no pellizcarme el culo", le sonreí y le perjuré rezar por el triunfo de los militares, me interrogó el gobernador civil, me visitó don Manuel de Falla la víspera del crimen... El final me lo guardo, por ser inalienable y mío aunque tú quieras falsearlo. Unos tiros por la espalda al borde de un barranco y otro, de gracia, para astillar la cabeza a los muertos.

ANCIANO.- !Justo y preciso! !La coincidencia no puede ser más notable!

FEDERICO.- ¿La coincidencia? ¿De qué me hablas ahofa?

ANCIANO.- Contaste lo mismo que imaginé muchas veces, en mi casa de América. Algún día voy a escribirlo, sólo para mí. Cuando se ha rechazado el Premio del Dinamitero, uno puede permitirse moderados placeres.

FEDERICO.- !No voy a tolerar esta parodia de mi tragedia!

ANCIANO.- Está bien, pues me iré, me iré. Es hora de despertar y quizá de escribir nuestro debate. Tú y yo hemos estado como un par de espejos confrontados, en mitad del mismo desierto, aunque cada uno proceda de un tiempo distinto. Tú, detenido en mi juventud y en el día en que no tomé el tren que iba a Granada. Yo, aherrojado en mi presente vejez.

FEDERICO.- ¿En mitad del desierto?

ANCIANO.- Al desierto yo le llamo mi sueño y tú le dices el infierno. Quizá tengamos razón los dos.

(LA FIGURA DEL ANCIANO SE DESVANECE. MIENTRAS, FEDERICO LE DICE, YA SIN NINGUNA FUERZA Y ENFASIS:)

FEDERICO.- El final... me lo guardo... por ser inalienable y mío... aunque todos queráis falsearlo...

(OSCURO. PIANO.)

(FIN DE LA PRIMERA PARTE.)



ESCENA CUARTA

(ESTAMOS EN EL PLANO DE LOS SUEÑOS. EL COLOR SEPIA DE DAGUERROTIPO NOS LO CONFIRMA. ESPACIOS SEÑALADOS CON LUCES A EXCEPCIÓN DE UNA MESA BARROCA, CON SILLON Y CUADRO REPRESENTATIVO.)  
(LUZ A UN SOLDADO.)

SOLDADO.- ¡Sal de ahí, hijo de la gran puta, que el señor gobernador quiere interrogarte!

VOZ DE FEDERICO.- ¿El señor gobernador?

SOLDADO.- Suerte que tienes, mariconazo. Si no tuviese órdenes para llevarte entero a su despacho, aquí mismo te chafaba como a un escorpión, rojo de mierda, y nos ahorrábamos las balas de fusilarte.

FEDERICO.- (SACANDOLO DE UN EMPUJON AL CIRCULO DE LA LUZ.) ¡Yo quiero ver a Pepe Rosales!. ¡Pepe me dijo ayer que hoy mismo me libertaba! ¡Yo quiero ver a Pepe Rosales!

SOLDADO.- (SONRIENDO.) A Pepe Rosales le fusilamos esta madrugada, por haberte escondido. ¡Pronto lo verás en los infiernos!

FEDERICO.- ¡No! ¡Pepe vive!

SOLDADO.- Sí, hombre, lo que tú digas. Echa pa adelante, mariquita o te deslomo a culatazos...  
(LO EBHA A LA OSCURIDAD DE LOS PASILLOS. LLEGA HASTA EL ESPACIO MAYOR, OCUPADO POR LA MESA Y DEMAS OBJETOS. ASOMA LA NARIZ EL SOLDADO.)

SOLDADO.- A las órdenes de usía. Ahí traigo al detenido que me pidieron.  
(ENTRA FEDERICO. EL SOLDADO DESAPARECE. EL SILLON SE VUELVE HACIA EL Y SURGE LA ESTAMPA DE JOSÉ VALDES.)

GOBERNADOR.- Siéntese, por favor, soy el comandante José Valdés.  
(SILENCIO.)  
(DANDOLE UN PERIODICO DOBLADO.) ¿Ha leído que su cadáver ha aparecido en las calles de Madrid?

FEDERICO.- (LEE SOMERO. DESPUES HABLA.) Podría ser cierto, si la guerra me hubiese encontrado en Madrid. Yo siempre estuve de corazón con los militares!. ¡Yo quiero donarlo todo al Alzamiento!

GOBERNADOR.- Otra respuesta esperaba de usted. Pero hoy nada se espera de nadie. Esta guerra... ¿Qué opina usted de esta guerra?... ¿Nada? Le diré mi opinión. Esta guerra debería haber sido sólo un golpe de Estado. A nadie asombrará mañana nuestros sacrificios ni nuestros crímenes. Únicamente nuestras mentiras podrán maravillarnos.

FEDERICO.- (DEBIL.) Es la suerte que merecemos.

GOBERNADOR.- Sin duda. (PAUSA.) ¿Le dije que ésta no es la primera vez que nos vemos?

FEDERICO.- No creo haberle visto nunca...



GOBERNADOR.- Usted no reparó en mí, ni tenía por qué hacerlo. Yo estuve contemplándole horas enteras. Era un modesto comandante, a quién la República había enterrado en Granada, por sospechoso de patriotismo. Una vez fui a Madrid, a ver a un médico, en un café de la Gran Vía tropecé con usted. Le reconocí por las fotografías de los periódicos. Me pareció curioso no verle jamás por Granada y sí en Madrid. No, no iba de militar. Desnudo, pues de paisano así me siento. Entró en el café, y cuando dudaba si seguirle, Sánchez Mejías me tomó la delantera.

FEDERICO.- Sería meses antes de su cogida en Manzanares.

GOBERNADOR.- Exacto. Me senté cerca de ustedes. No me avergoncé de escucharles. Espero que sepa perdonarme...

FEDERICO.- Es absurda toda esta confesión. Yo soy un hombre muerto. No comprendo como vivo todavía. Y menos a qué viene todo esto.

GOBERNADOR.- Disculpe. Llevo varias noches sin dormir y me cuesta precisar las ideas. Aunque les oí hablar de la Argentinita, del engaño del maestro, que usted nunca aceptó, y otras vanalidades, no fue lo importante estar en sus conversaciones, sino verle. No pude decidir qué me maravillaba más, su autoridad o su compasión. No sabe cuánto le admiraba...

FEDERICO.- ¿Es eso todo?

GOBERNADOR.- NO,. Todo, no.

FEDERICO.- ¿Qué me oculta entonces?

GOBERNADOR.- Mi envidia.

FEDERICO.- ¿Su envidia?

GOBERNADOR.- Lo que sentí aquel día hacia usted y hacia Sánchez Mejías. Me preguntaba por qué era deber mío el reconocerles mientras ustedes se limitaban a ignorarme. ¿Por qué les escogió la suerte a los dos, siendo tan distintos, para darles la fama entre los hombres y negármela a mí? ¿Tiene usted respuesta a ello?

FEDERICO.- No no la tengo, como no tiene usted derecho a pedírmela.

GOBERNADOR.- Claro que no la tiene. ¿Como iba a explicarme semejante injusticia? [ Voy a sorprenderle con una confesión que acaso tampoco comprenda. Aun en estas circunstancias y por ser usted quien es, cambiaría mi suerte por la suya. ¿Me ha comprendido bien? ¡Mi suerte por la suya!

FEDERICO.- Yo no, comandante. Pertenece a especies muy distintas.

GOBERNADOR.- ¡Lo sé muy bien! No estoy hablando de otra cosa! ¡Su



especie ~~de~~ la de aquellos cuyo nombre está llamado a sobrevivirles. La mía es la de quienes ~~moriremos~~ moriremos como si no hubiésemos vivido. Imagínese a alguien que lleva al teatro escena como ésta dentro de varios años. Valdés sería el malo claro. Está, un vulgar asesino. Para esto nací. Sin embargo, no es más que una enorme injusticia. ¿Lo duda?. Yo estaba señalado para otras empresas. Esa es la injusticia: nacido para ser alguien estoy condenado a no ser nadie. (PAUSA.)

Aquí donde me ve yo debería ser un héroe honrado de todos. Hace años, cuando era teniente, creí entrar en la Historia por la puerta grande. Con una simple pareja de la Guardia Civil aborté la sublevación del Cuartel del Carmen en Zaragoza. No sé si recordará el suceso.

FEDERICO.- Algo se me representa.

GOBERNADOR.- ¿Sabe usted cuál fue mi recompensa por lo que creía una simple hazaña? ¡No, claro que no lo sabe pues lo ignora todo el mundo! Una miserable cruz roja sencilla. ¡Sí, señor, aunque le cueste creerlo!

FEDERICO.- (TRAS PAUSA.) ¿Pretende decirme que me prendieron porque hace unos años, sólo obtuvo una cruz roja en vez de la laureada de San Fernando? ¿O van a matarme porque otro día, en Madrid, nos envidió a Sanchez Mejías y a mí? ¿Qué culpa tengo de haber nacido o de que nos concibieran tan distintos?

GOBERNADOR.- Señor mío. Yo tampoco soy responsable de que usted se halle ahora aquí, conmigo. Le detuvo Ruiz Alonso cuando me encontraba en el frente.

FEDERICO.- Todo esto es un error, un error monstruoso. ¿Por qué no me pone en libertad?

GOBERNADOR.- Yo no le apresé y debo justificarme. Mire si soy ajeno a ello que cuando Pepe Rosales vino a reprocharme, le dije que si ese Ruiz Alonso prendió a su amigo y allanó la casa de sus padres, se lo lleve a un descampado y le pegue cuatro tiros.

FEDERICO.- ¿Por qué no ordena libertarme entonces?

GOBERNADOR.- A su debido tiempo. Si lo soltase de día, volverían a prenderle y le fusilarían contra la tapia del cementerio.

FEDERICO.- ¿Usted es el gobernador civil? ¿Cuál es su autoridad?

GOBERNADOR.- Tengo muy poca. Espero que Dios no esté ciego y pueda advertirlo.

FEDERICO.- ¿Sólo espera que Dios no esté ciego?

GOBERNADOR.- (SUSPIRANDO) Cuando le dije que cambiaría su suerte por la suya, no le mentí. Tengo un cáncer y me estoy muriendo. Por primera vez desde que empezó la guerra, ayer pude ver al médico. "Usted no necesita un cirujano, sino un confesor", sentenció. Unas semanas. Ocho meses. Tan sólo me recetó la morfina que no tenemos.

FEDERICO.- Yo...



su muerte. Pero yo me rebelo contra la mía, porque es un error inconcebible.

GOBERNADOR.- Tampoco quiero confesarme, por ahora. Será a su debido tiempo.

FEDERICO.- ¿Qué pretende entonces de mí?

GOBERNADOR.- Hablar. Únicamente hablar.

FEDERICO.- ¿Y por qué conmigo? ¿No sabe que ya no soy nadie?

GOBERNADOR.- Porque un día le envidié y le respeté, y porque presiento que no dejará de escucharme.

FEDERICO.- Podría hablarles a sus soldados y a sus familiares.

GOBERNADOR.- Familia, no tengo. A mis oficiales y soldados, no les hablo, les mando, y ellos obedecen, como yo obedezco a Queipo, a Franco cuando me dan órdenes desde Sevilla.

FEDERICO.- Usted quería hablarme de Dios, ¿no es así, comandante Valdés?

GOBERNADOR.- ¿Cómo llegó a adivinarlo?

FEDERICO.- No importa ahora, comandante. Prosiga, por favor.

GOBERNADOR.- ¿Es usted religioso?

FEDERICO.- No he practicado nunca, desde que tengo uso de razón, pero lo soy.

GOBERNADOR.- Yo iba a la iglesia los domingos porque un oficial de guarnición tiene estos deberes ante la sociedad bienpensante.- Comulgaba por Pascua Florida, porque así lo hice desde niño. Pero, ahora pienso que cuando sometimos la rebelión, me olvidé de dar gracias al cielo por nuestro triunfo. Y, sin embargo, Dios nos está conduciendo a la victoria y, a mí, me lleva a este lugar de tanta responsabilidad. A la inmortalidad, ¡pero por un camino tan distinto!

FEDERICO.- Podría decirse que Dios fue irónico con usted; pero no le culpe de mostrarse tan injusto.

GOBERNADOR.- No le culpo, porque sé muy bien que se ha vuelto loco.

FEDERICO.- Perdón, ¿decía?

GOBERNADOR.- Dije que Dios se ha vuelto loco y nunca le recaté mi certeza de su locura, desde el principio de la guerra. "Vuecencia me dió Granada, que nunca le había pedido, y con Granada el deber de defenderla contra los rojos", le he retado muchas veces.

FEDERICO.- ¿Defenderla? ¿A qué precio?

GOBERNADOR.- UN precio demasiado alto en sangre y demasiado fácil de satisfacer. He dado tantas y tantas órdenes de matar... Al darme Dios este poder, debió volverse loco.

FEDERICO.- Sigo sin comprender las razones de mi presencia aquí y los motivos de su actual confesión.

GOBERNADOR.- Supuse que los habría adivinado.



GOBERNADOR.- Váyase entonces. Esta noche llamaré a Sevilla, para decirles que mañana voy a libertarle. No me incumbe su suerte, - en cuanto haya salido del Gobierno Civil.

FEDERICO.- Usted no me libertará ni tampoco se atreverá a matarme sin - decirme por qué me interrogó personalmente. O por qué fingió interrogarme, pues en realidad tampoco lo hizo.

GOBERNADOR.- Se lo prometí a Pepe Rosales.

FEDERICO.- No basta, y usted lo sabe muy bien.

GOBERNADOR.- Dentro de nada estaré en presencia de mi Hacedor y responderé a todos sus cargos. El último será la certeza de su - locura, a la vista de esta guerra y de mi destino en ella. La muerte me es indiferente, con morfina o sin ella, pero me aterra su condena si soy inocente. (PAUSA). Un hombre - que se atrevió a llamar loco a Dios, en pleno conocimiento de su inminente muerte, debe ser otro loco. Usted, que es persona de probada inteligencia, me debe asegurar que perdí la razón y así moriré en paz con mi conciencia.

FEDERICO.- Yo no sé si su Dios es o no es un demente, porque sin duda ha<sub>u</sub>blamos de dioses distintos.

GOBERNADOR.- ¡Sólo puede haber uno, porque su mando es indivisible!

FEDERICO.- ¡Me pregunto si el suyo no le pedirá cuentas de la gente que fusiló y permitió asesinar, en vez de condenarlo por llamarle loco.

GOBERNADOR.- No soy responsable de la muerte de nadie. ¿Acaso no ha comprendido nada? Fue voluntad de Dios que decretase los fusilamientos. Por no entender tan desviados designios, le llamé loco y loco debo estar yo por habérselo llamado.

FEDERICO.- Comprendo. Quizás no seamos tan distintos como su Dios y el mío. Usted tiene tanto miedo de morir como lo tuve yo mismo. Miedo de dejar de ser, sin haber sido nada más que el Verdugo de Granada. Concluyamos de una vez esta comedia. Devuélvame a aquella habitación, que me sirve de celda, pero no me exija decirle loco, porque no lo está y Dios, el de cualquiera de los dos, lo sabe tan bien como nosotros - mismos.

GOBERNADOR.- ¿Es su última palabra?

FEDERICO.- Si pensase que llamándole loco iba a salvar la vida, le daría que su Dios le eximirá del juicio por creerlo enajenado. - De todas formas, mentir no cambiaría mi suerte.

GOBERNADOR.- Señor mío, usted también tiene mi última palabra. Le dije que hablaría con Sevilla para libertarle y mañana estará - libre.

FEDERICO.- Valdés, no pongo en duda su palabra y su cordura. De todos - modos, usted me hizo una confesión y yo le debo otra. Los dos somos parte de un drama, cuyas razones y desenlace --- nos trasciende. En Madrid estuve a punto de quedarme y no tomar el expreso hacia Granada. Pero no lo hice porque no habían discrepancias entre lo previsto y *representado* previamente. Me vine a Granada, a sabiendas de que aquí me prenderían aunque quisiera esconderme.

GOBERNADOR.- Estoy muy cansado. No creo haber comprendido muy bien cuanto



dijo; pero no puedo aceptar su fatalismo. Si fuese cierto, el escenario de nuestro drama no tendría fin y la guerra vendría a repetir otra idéntica y ya ocurrida antes. No tiene sentido, y ya no puedo más. ¿Qué escena seguiría ahora en sus presentimientos? ¿Me arrebata usted la pistola y me pega un tiro, mientras me adormezco? Yo así lo haría, si fuese usted.

FEDERICO.- No lo es ni podemos cambiar los papeles. En último término, somos tan distintos como nuestros dioses.

GOBERNADOR.- Llame al soldado de guardia y que le devuelva a su encierro. Mañana estará en casa de los Rosales. Me ha defraudado usted. No quiso creerme loco ni quiso pegarme un ~~xxx~~ tiro.- Dele mis saludos a Pepe Rosales.

FEDERICO.- Supongo que desde ahora debo agradecerle la gracia de la vida. No obstante tampoco estoy seguro de haberla obtenido.- Cuando ~~xxx~~ salí de Madrid, creía antevistos todos mis pasos. Ahora no estoy cierto de nada. No sé si nos obstinamos en improvisar un desenlace muy distinto del único posible. (EL COMANDANTE QUEDO DORMIDO EN SU SILLON/ LAS LUCES DESVANECEN EL CONJUNTO).

VOZ DE FEDERICO.- Nunca sabré si Ruiz Alonso me denunció o no, si confesaba verdad cuando dijo cumplir órdenes de Velasco, hombre sin rostro que aparece y desaparece en esta mi tragedia. Nunca sabré si Valdés llamó a Sevilla. Nunca sabré si Sevilla respondió con el matarme, por rojo, por marica, por poeta, por masón, por gitano, por judío, por amigo de Fernando de los Ríos, por haber votado al Frente Popular, o, sencillamente, por el daño causado por mi obra, superior al de otros con su pistola.

(MUSICA).

#### ESCENA QUINTA.

(EN UN ESPACIO INMENSAMENTE VACIO? DAN EMPUJONES A FEDERICO. VA DE UN LADO A OTRO.)

- ¡Muévete mariconazo!
- ¡Verás la que te espera!
- ¡Anda!
- ¿Te has meado ya encima?
- ¡Cerdo!

TRESCASTRO.- Está bien. No perdamos tiempo. Dejadle de una vez. Sube. -

(SE ILUMINA TIBIAMENTE UNA PLATAFORMA-COCHE. QUEDAN A LA PARTE DE ATRAS, EN APRETADO ASIEN TO, DOS PRESOS, A LOS QUE SE LE SUMA FEDERICO, EN EL ASIEN TO DELANTERO? VA TRESCASTRO Y DOS GUARDIAS DE ASALTO. LOS DETENIDOS VAN ATADOS LOS BRAZOS ATRAS.)

(SEA POR LA EXTRAÑA DISPOSICION DE UN COCHE QUE AVANZA HACIA EL NEGROR DE FONDO, O POR UN ESPECIAL RITMO EN LA ESCENA, ESTA OFRECE LA SENSACION DE BORRADA POR EL TIEMPO E INMERSA EN UN AMBITO DE OTRO MUNDO.)

PACO.- ¿Federico?



PACO.- Soy Paco Galadí. Este es Joaquín Arcollas, aunque todos le decimos el "Cabezas". Un compañero, banderillero como yo. Nos asesinan sin juicio porque somos anarquistas y nos prendieron armados.

CABEZAS.- Yo conocí a Ignacio Sánchez Mejías y casi toreé en su cuadrilla. Cuando supo que era granadino me dijo que usted era muy amigo suyo y también un genio para eso de los romances pero en moderno.

TRESCASTRO.- ¡A ver si os calláis de una vez! Esto no es una verbena.

PACO.- Nos van a matar y nos martirizan hasta la mismísima muerte. (A TRESCASTRO.) ¿qué más puede hacernos un señorito pitoflero y de Gil Rolles como usted? Cuando se ha sufrido tanto ya no duelen los golpes y los tiros serán una bendición.

CABEZAS.- ¡Ele! ¡Qué muy bien dicho! ¡Aún atados somos más fuertes que usted!

(TRESCASTRO NO CONTESTA. DA UNA SENAL Y EL COCHE SE PONE EN MARCHA. UN SILENCIO.)

(ALGUIEN SUSURRA UNA CANCION, ROTA POR LA PRESENCIA SONORA DEL PIANO FIRME Y PRECISO.)

CABEZAS.- ¿Por dónde ~~xxxx~~ vamos?

PACO.- Este es el puente sobre el Beiro. Vamos hacia el pueblo de Víznar. Granada queda hacia el Sur.  
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX  
(LADRIDOS DE PERRO.)  
(PAUSA.MOTOR.MELODIA.)

CABEZAS.- ¿Cuánto falta para llegar a Víznar?

PACO.- Na. Casi estamos entrando. Si no fuese tan tarde hace rato que veríamos luces.

(SE DETIENE EL COCHE. BAJA TRESCASTRO Y HABLA CON UN SOLDADO QUE ALLI HACIA GUARDIA.)

GUARDIA DEL COCHE 1.- (VOLVIENDOSE A LOS TRES PRESOS.) Nosotros no somos voluntarios y nunca nos hubiésemos prestado a esto.

GUARDIA DEL COCHE 2.- Nos forzaron a hacerlo por sospechosos de republicanismo.

PACO.- (ESCUPIENDO) Un hombre hombre se pegaría un tiro antes de matar a nadie indefenso y por la espalda.

CABEZAS.- ¡Ele! ¡Qué muy bien dicho y con cuánta razón!

GUARDIA DEL COCHE 2.- Los dos somos casados y yo tengo dos hijos muy niños. No puedo desampararles y dejarles en mitad del arroyo. Compréndanlo ustedes.

PACO.- Yo tengo una niña y muero en paz con mi conciencia porque sé que un día ella verá en este país el comunismo libertario.

CABEZAS.- ¡Ele! ¡Ele! Yo también tengo un hijo y espero que sepa perdonarlos porque ustedes son perros y los perros no saben lo que se hacen.

(LA CONVERSACION LA CORTA LA PRESENCIA DE TRESCASTRO. VIENE RAPIDO. MONTA Y ARRANCA EL COCHE DE INMEDIATO. PAUSA. RUIDOS. MELODIA.)



CABEZAS.- Suena crecida, aunque no fue un invierno de muchas lluvias.

TRESCASTRO.- ¡Ya os dije que os callaséis!

PACO. — ¡Y una leche! Quien debe callarse es usted para matarnos de una vez, si es que tiene agallas para ello.

(TRAS PAUSA, PACO ENTONA UNA CANCIÓN.)  
(AL POCO, SE VUELVE A DETENER EL COCHE)

PACO.- Yo conozco esto. A la casa le llaman la Colonia porque aquí venían al campo los niños de las escuelas en verano. Supongo que hoy les sirve a ustedes de matadero.

(TRESCASTRO, EN VEZ DE CONTESTAR, DA LA VUELTA Y SALE HACIA OTROS GUARDIAS QUE POR ALLI ANDABAN.)

PACO.- (A LOS GUARDIAS DEL COCHE) Ahora o nunca. Arranquen y vámonos los cinco de aquí a todo correr.

GUARDIA COCHE 1.- No nos martirices de este modo. Ya te dije que el compañero y yo tenemos hijos. ¡Qué más quisiéramos que dejarlos huir o escapar con ustedes!

GUARDIA COCHE 2.- Es imposible. No nos atormentes más. En menos de nada nos prenderían y acababan con todos.

CABEZAS.- Déjalo ya Galadí. Antes convencerías a un par de víboras que a estos miserables.

PACO.- Tienes razón. Los hijos de ése lo serán de puta por parte de padre. (A FEDERICO.) Lo admiro a usted porque sin estar hecho a un trance como este lo soporta con tanta dignidad. El Cabezas y yo somos distintos por ser banderilleros. En la plaza uno se acostumbra a ver la muerte de cerca y casi termina por olvidarse de ella.

CABEZAS.- Es verdad. El señor lo soporta todo con más dignidad que nosotros porque sólo responde a éstos con su desprecio y su silencio. Deberíamos hacer lo mismo. (A FEDERICO.) No se preocupe usted que eso será cosa de un instante si los compañeros guardias saben cumplir con su deber y están habituados a matar como Dios manda. (PAUSA). Yo iba con la cuadrilla de Granero el 22, cuando lo cogió en Madrid el toro Pocapena. Granero, que era un señor, ¡hasta había estudiado violín!, parecía, con -- perdón, un mariquita. Nadie lo oyó nunca hablar de mujeres. No obstante, en la plaza era lo más bragao del mundo. Con más temple que Joselito y con valor más frío que Sánchez Mejías. Fuvó la muerte que merecía, sin tiempo de sufrir. Pocapena le prendió por el muslo y lo arrojó contra el estribo. Allí le corneó tres veces y en una de ellas le hundió el asta por el ojo y le partió los sesos. Lo recogimos inconsciente, pero ~~entró~~ entró muerto en la enfermería.

(REGRESA TRESCASTRO CON OTRO HOMBRE DE MANOS A ADAS POR DELANTE Y COJERA VISIBLE.)

TRESCASTRO.- (A FEDERICO.) Córrete tú hacia el Cabezas, que éste tiene que caber junto a tí.

DIOSCORO.- Aquí no quepo yo si no me desatan.

(DUDA TRESCASTRO, PERO TERMINA POR CORTARLE LAS CUERDAS.) (EL NUEVO SE SIENTA, ANTE EL VISIBLE NERVIOSISMO DE TRESCASTRO. AL TO A PONERSE EN MARCHA EL COCHE CUENTAN.)



TRESCASTRO.- ¿Qué ocurre ahora?

GUARDIA COCHE 1.- Este trasto es muy viejo. Podría ser el carburador.

TRESCASTRO.- Está bien, sigue adelante y evita cualquier avería.

DIOSCORO.- Su alteza el verdugo me recuerda al Rey Canuto empeñado en -  
detener las olas. Dióscoro Galindo González, maestro de Pulianas.

CABEZAS.- Yo soy Joaquín Arcollas, y éste, Paco Galadí. El señor es Be-  
derico García Lorca, nuestro poeta.

DIOSCORO.- ¡Federico! No puede ser... ¿Por qué le prendieron? (SONRISA -  
DE FEDERICO.) Me hubiese gustado conocerle en distintas cir-  
cunstancias y con más tiempo por delante. ¿Sabe? Mandé leer  
a los chicos de mi escuelita su "Poema del Cante Jondo". Yo  
mismo copié a máquina las poesías y les hice aprender muchas  
de memoria.

CABEZAS.- (ANTE EL PROLONGADO SILENCIO DE FEDERICO.) Aquí, al Galadí y  
a un servidor nos detuvieron por anarquistas peligrosos...

(NUEVO RUIDO. EL COCHE SE PARA.)

TRESCASTRO.- ¿Se puede saber qué coño pasa?

(SALE UN GUARDIA E INSPECCIONA EL MOTOR.)

GUARDIA COCHE 2.- Esta cafetera está averiada.

TRESCASTRO.- Tratad de repararla. No vamos a quedarnos aquí eternamente.

GUARDIA COCHE 2.- Tardaré un rato. Está muy mal.

TRESCASTRO.- Que sea lo menos posible. (A LOS PRESOS.) Vosotros, salid  
de ahí. Poneos cerca del coche, sin intentar ninguna tontería...

DIOSCORO.- El Rey Canuto nos tiene miedo. Tarde o temprano nos pedirá -  
perdón de rodillas, como hacen los verdugos en las películas.

(EL OTRO GUARDIA VA AL MOTOR A AYUDAR A SU COMPAÑERO. TRESCAS-  
TRO TONA EL MAUSER DE AQUEL Y SE SITUA A UNA PRUDENCIAL DISTAN-  
CIA.)

TRESCASTRO.- Encima que ~~los~~ me dejó descansar de coche no me los agradecéis.  
Merecéis...

DIOSCORO.- ¿Qué merecemos? Lo que váis a darnos. No te acerques a noso-  
tros, canalla, que si no fuera por el mosquetón que te chafa  
ba con una mano. Pero no temas. Nada voy a hacerte. Algún día  
pagarás ante un buen piquete vuestros asesinatos. Pero yo no  
soy ningún héroe ni tampoco un mártir. Sólo un republicano -  
maestro nacional más bien parco de palabra aunque te parezca  
mentira.

CABEZAS.- ¡Arsa y que bien habla para ser parco de palabra! ~~Si~~ a usted  
le dejan hablar, don Dióscoro, no lo ahorcan.

DIOSCORO.- No nos ahorcarán a ninguno de nosotros porque aquí Canuto y  
sus esbirros, son gente de bien, y civilizada. (ESCUPE) Apues  
to cualquier cosa a que nos acaban de un solo tiro en mitad  
de la nuca.



(A TODOS RECORRE UN ESCALOFRÍO POR LA MEDULA.)

CABEZAS.- Señor maestro, ¿Se puede saber cómo ha llegado hasta aquí?

DIOSCORO.- Hace unos días, no recuerdo cuántos, se presentaron de noche en mi casa de Pulianas. Con muy buenos modales, dicho sea de paso, pidieron permiso para registrar la casa, ~~xxxx~~ como les había ordenado el Gobierno Civil. ¡Qué iban a encontrar interesante en casa de un pobre maestro nacional! ~~xxxxxxx~~ Uno me dijo si el día del triunfo del Frente Popular no habían gritado frente a mi casa "¡Viva el maestro y muera Bawéras!". Le dije que sí, pero que nada podía hacer si chillaban tales cosas. Me callé que en la campaña electoral había pregonado el voto al Frente Popular, pero nada me preguntaron. Ya digo que no tengo vocación de mártir.

CABEZAS.- ¿Y quién era ese tal Bawéras?

DIOSCORO.- Probablemente, quien me denunció. Secretario del Ayuntamiento de Pulianas, ~~xx~~ cacique..., en fin, una larga historia que no merece sea recordada.

CABEZAS.- ¿Te detuvieron entonces?

DIOSCORO.- No. Nada encontraron comprometedor y así tuvieron que decirlo. Pero dos días después, entonces sí, volvieron muchos más, me golpearon, me gritaron... mi cara y ropas lo atestigüan, Me llevaron ante el mismísimo comandante Valdés. (FEDERICO - MUEVE LA CABEZA.) Sí, ante él, ¡cuánto honor!

CABEZAS.- ¿Qué ~~que~~ veñá?

DIOSCORO.- Conozco ~~vez~~ cómo pensaba políticamente. Dije que esos particulares eran muy íntimos y no me creía en el deber de revelarlos a nadie porque lo que cuenta es la conducta del hombre y no su pensamiento.

CABEZAS.- ¡Así se habla!

DIOSCORO.- Valdés me contestó que poco le importaba mi discurso, porque en la provincia todos los maestros eran rojos.

GUARDIA COCHE I.- (VOLVIENDO DEL COCHE.) ¡Es inútil! No podemos reparar el coche.

TRESCASTRO.- ¿Qué significa eso? ¿Por qué no podéis repararlo?

GUARDIA COCHE I.- Haría falta un mecánico. Ni mi compañero ni yo lo somos.

TRESCASTRO.- Vuelve a intentarlo.

GUARDIA COCHE 2.- Es inútil.

TRESCASTRO.- ¿Qué hago yo ahora?

GUARDIA COCHE 2.- Eso es cosa suya. Usted nos manda.

(TRESCASTRO DA UNA VUELTA VISIBLEMENTE NERVIOSO. DA PATADAS EN EL SUELO. LOS OROS HAN TOMADO SUS FUSILES)

DIOSCORO.- (A FEDERICO) Lo dicho. Es lamentable que nos encontremos aquí con lo mucho que me hubiese gustado hablar con usted de poesía y de tantas otras cosas. Es una pena que no haya otro mundo para comentarlas a placer con la inmortalidad por delante.



(VUELVE TRECASCORO. HABLA AL OIDO A LOS GUARDIAS, Y, PISTOLA EN MANO, SE DIRIGE A LOS PRESOS.)

TRESCASTRO.- Venga, levantaos y poneos ahí.

PACO.- ¿Yo? ¿Es a mí?

TRESCASTRO.- Sí, vale, a tí ¡levantaos!

PACO.- No, yo no voy, ~~yo~~ yo no me levanto de ~~esta~~ esta tierra, yo no...

TRESCASTRO.- ¡Te ordeno, cabrón!

CABEZAS.- ¡Paco! ¡Paco! ¡Que al menos nos vean morir como hombres! ¡Que nos vean morir como vivimos siempre!

(DIOSCORO Y FEDERICO VAN DONDE LES DICEN.) (SIGUE EL CABEZAS-CONVENCIENTO A GALADI.) ¡Paco, hermano mío, Paco de mi alma! ¡No cedas ahora! (TRESCASTRO DA UN PUNTAPIE A GALADI.) ¡Tú, -hijo de la gran puta, mátame a mí el primero y te enseñaré a morir cuando te toque! ¡Mátame a mí el primero! ¡Te lo suplico!

DIOSCORO.- Esta no es hora de gritos, Cabezas. Morir como hombres no es hacerlo con gritos, sino con decoro.

CABEZAS.- ¡Métase el decoro en el culo! ¡Somos como hermanos! ¿Es que no lo comprende?

(A UNA SEÑA DE TRECASCORO, UN GUARDIA TOMA DE LAS PIERNAS A GALADI Y LO LLEVA JUNTO A LOS OTROS, SEGUIDO DEL CABEZAS.)

PACO.- (EN EL SUELO, INTENTANDO ACERCARSE A TRECASCORO.) ¡Encarna, Encarnilla hijilla mía! ¡Encarna corazón no me abandones! ¡Encarna, niña, no dejes a tu padre! ¡Dame algo de la vida que te dí al concebirte!

(UN PUNTAPIE DE TRECASCORO SEPARA A GALADI CON LOS OTROS PRESOS. ~~CHILLA~~ CHILLA ESTE, PACO LLORA. EL OFICIAL HACE UNA SEÑA Y LOS DOS GUARDIAS SE ECHAN LOS MAUSER AL HOMBRO. DISPARAN. MUSICA FORTISIMA.) (OSCURO.)

#### EPILOGO.

(CAE EL TELON CASI BLANCO DEL PRINCIPIO. EN UN LATERAL UNOS POCOS MUEBLES REPRESENTAN EL DESPACHO DE UN ESCRITOR. APOYADO EN LA MESA Y DE PIE APARECE EL AUTOR, MANEJANDO, A LA VEZ, VARIOS LIBROS Y UNOS APUNTES. POR EL OTRO EXTREMO DE LA ANPLIA CORBATA QUE ENMARCA EL TELON CASI BLANCO ENTRA EL JOVEN.)

JOVEN.- Perdone la molestia...

EL AUTOR.- (QUE NO ES OTRO QUE "EL OTRO" DEL EPILOGO.) Sí, entra...; un segundo... (BREVE PAUSA.) Ya estoy contigo. Llégate.

JOVEN.- Gracias por recibirme.

EL AUTOR.- Tu carta me llenó de satisfacción. No imaginaba que los jóvenes se preocuparan por tales cosas...

JOVEN.- Ahora le daré las gracias por tratarme de tan joven. No vaya a creer. ~~Son~~ Son ya años trabajando, señor.

EL AUTOR.- Pues si dices no ser tan joven harás el favor de no tratarme de señor, sino ~~tutéame~~ tutéame, ¿de acuerdo?



JOVEN.- De acuerdo.

EL AUTOR.- ¿Bebes?

JOVEN.- No, gracias.

EL AUTOR.- Yo tampoco... debería. (SE SIRVE) Cuando me entrevisté con Ruiz Alonso, en Madrid, tenía la sospecha de que le ocultaba un magnetófono.

JOVEN.- Sí, ya leí. Le puedo asegurar que yo nada disimulo...

EL AUTOR.- Estaría de más. Bien sabes cómo he reaccionado a tu propuesta.

JOVEN.- No es el caso, desde luego. Lo decía por si creía que como procedimiento pudiera usarlo.

EL AUTOR.- No, bien sé que no sirve de nada ya, Ignoro si Gibson lo utilizó, pero repito que mi intención no fue hacer una investigación, sino confirmar varios puntos de mis sueños.

JOVEN.- Comprendo.

EL AUTOR.- Te hablaba de Ruiz Alonso. Me preguntó precisamente si pretendía escribir un libro acerca de la muerte del poeta. Le dije la verdad- que quería escribir Un Sueño.

JOVEN.- Un sueño hermoso.

EL AUTOR.- No creo que los sueños sean hermosos. Como diría tu viejo amigo don Pedro Calderón; son, simplemente son.

JOVEN.- Cumplió su propósito. Como José Antonio Rial con su obra.

EL AUTOR.- ¿Ah, pero acaso hay una obra teatral sobre la muerte de Federico?

JOVEN.- Sí, y muy bella.

EL AUTOR.- No sabía. ¿Y por qué no la representaron si estaba ya hecha?

JOVEN.- Bueno, se me ocurren ahora dos razones. La primera, porque ya cuenta con un famoso montaje, al parecer difícil de igualar. No me gusta repetir....

EL AUTOR.- ¿Y la segunda?

JOVEN.- Bien, porque al leer tu novela hubo algo, como diría, de flechazo, de intuición de que dentro había un drama sin escribir, y que merecía la pena ~~de~~ ofrecer otra visión sobre tan interesante tema. Como si de repente surgieran nuevas ideas....Estoy seguro que el cine lo hará tarde o temprano.

EL AUTOR.- Sí, yo también pienso eso, ¿y, dime, tanto te sugirió mi texto?

JOVEN.- Yo no entiendo mucho de esto, pero la novela me parece magnífica.

EL AUTOR.- No exageres. Son juicios demasiados vehementes.

JOVEN.- Se lo aseguro.

EL AUTOR.- Quizá lo que te parezca magnífico es el poeta.

JOVEN.- No sé que decirle. Siempre me ha interesado, pero jamás ha llegado a atravesarme, no sé cómo explicarle.... Para mi generación



Lorca ha sido algo más que un poeta. No ya un símbolo, no, mejor un emblema, sí, un emblema de escritor vital, muerto vitalmente. Quizá con los años me vaya gustando más su obra que Lorca....

EL AUTOR.- Para mi generación tiene un significado completamente distinto.

JOVEN.- Lo comprendo muy bien.

EL AUTOR.- Quienes alcanzamos a oír, en plena postguerra, de la existencia o, mejor dicho, de la tremenda inexistencia de Federico, no sé si atreverme a decirte que sí se constituyó en ese símbolo que tú no quisiste decir. Federico fué nuestro mito. Siempre deseé escribir algo sobre él. De ahí que terminara soñándolo.

JOVEN.- Pero el conocimiento de Lorca no sería fácil en años cuarenta.

EL AUTOR.- No era, no.

JOVEN.- Entonces sucedería algo similar a mi generación, que sí lo conocía pero de tapadillo. Por ejemplo, en el teatro, que requiere la participación de un público más o menos numeroso, recuerdo bien que el gobernador ponía todo tipo de pegasa a la hora de la función.

EL AUTOR.- Años cincuenta....

JOVEN.- Ya aún en los sesenta. No se trataba ya de la censura de Madrid, en las ciudades de provincia se ejercía otra muy diferente, pero directa.

EL AUTOR.- Por lo que me dices, en poco nos diferenciamos tu generación y la mía en cuanto acceder al mito Lorca.

JOVEN.- Sólo que la mía despertaba veinticinco años después del crimen

EL AUTOR.- Veinticinco años.... Qué larga postguerra. Casi se podría decir que acabó cuando empezó a conocerse a Federico. (BEBE.) Es un placer hablar contigo de Federico, de mi obra que ya es nuestra. Por eso huelga cualquier puntualización sobre la ~~obra~~ cómo se dice ahora? ¿Dramaturgia?

JOVEN.- Sí, dramaturgia.

EL AUTOR.- Digamos que lo dejo todo a la hora de la representación. Por mí no hay inconveniente a que veas, y veáis, mis sueños en un teatro. Ahí es donde precisamente soñé a Federico.

JOVEN.- Gracias por todo. Una última cuestión. Perdona, pero ataca a mi curiosidad. ¿Cómo, compusiste, efectivamente, tu narración? ¿Fué en verdad un sueño?

EL AUTOR.- EN efecto. Soñé a nuestro poeta asesinado, en los infiernos hablé con Ruiz Alonso y redacté este libro. Dudé muchas veces si publicarlo o no. Finalmente, y en uso de tales duda, lo hice con una peculiar estructura... que todo el que lo lee no tarda en reconocer. Y cuando ya creía que había pasado su momento, como tal novela, me llega la noticia de que



(EN ESTA ULTIMA FRASE, DESDE "FINALMENTE", SE INICIA UN MOVIMIENTO DE LA TARIMA, EN DONDE ESTAN LOS DOS PERSONAJES, HACIA EL FONDO, COMO SI UNA MANO INVISIBLE LOS LLEVARA ATRAS, O COMO SI LOS MISMOS PERSONAJES DEL SUEÑO LOS HICIERAN DESAPARECER. AL TIEMPO, EL TELON SUBE Y APARECE EL ESCENARIO DESNUDO. UNA LARGA SOMBRA SURGE DE ALGUN LADO Y TOMA ASIENTO EN LA BUTACA DE SIEMPRE.... EL PIANO SUENA CON EL TEMA DE LA OBRA. )

FIN

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
**SMJEG**  
Facultad de Humanidades  
UPR-RP